LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias..	40 id.	21 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.380 reis.	2.330 reis.

AÑO XVI. — NÚM. VII.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 16 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/,

SUMARIO.—TEXTO.—Revista general, por el marqués de Valle-Alegre.—Bibliografía americana: «Ecos de los Andes,» poesías líricas, por don José María Samper y Agudelo;—por don José Amador de los Ríos, de la Academia Española.—Cuadros fotográficos: Goya; El Carnaval; Las Majas, por don J. Puiggari.—Estudios y paisajes: El torreon de San Francisco, por *Juan Garcia*.—El Carnaval.—Un escrito inédito de don Alberto Lista (conclusion).—Tumultos en Barcelona.—Agricultura moderna, por don Fermin Caballero, académico de la Historia.—El espíritu del siglo, novela (continuacion), por don Ramon de Navarrete.—Los sueños, balada, por don Ernesto García Ladevese.—Recuerdos de Filipinas, por A. de Villarallo.—Una fiesta en Venecia: El gran canal.—El viaducto de la calle de Segovia.—Accidente ocurrido al emperador de Rusia en la caza del oso.—Excmo. señor marqués de Sardoal, alcalde primero de Madrid.

GRABADOS.—Barcelona: Incendio de un fielato en las afueras del portal de San Cárlos.—Bellas artes: «El entierro de la sardinas» y «Las majas,» cuadros de don Francisco Goya.—Alegoría del Carnaval.—El Carnaval en Venecia: Serenata en el Gran Canal.—Madrid: Colocacion de la primera pieza de hierro del viaducto de la calle de Segovia.—Rusia: Accidente ocurrido al emperador, en una cacería de osos.—Retrato del Excmo. Sr. marqués de Sardoal, presidente del nuevo ayuntamiento.—Ajedrez.

BARCELONA.—Tumulto popular: incendio de un fielato en las afueras del portal de San Cárlos (pág. 107).

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—GRAN BRETAÑA.—Apertura de las Cámaras.—El discurso del Trono.—La reina Victoria.—La cuestion del *Alabama*.—El pánico.—FRANCIA.—Una nueva crisis.—Los nuevos ministros.—Mr. Victor Lefranc.—Mr. Goulard.—¡Siempre el mismo!—AMÉRICA.—Catástrofe en Buenos Aires.—Incendio de un buque.

II. INTERIOR.—Los radicales en el Circo de Price.—Carreras de ministros.—Un manifiesto nuevo.—Las formas y el tono.—El porvenir.—Las próximas elecciones.—¿Qué resultará?—El general Gaminde.—¡Ya juró!

III. TEATROS.—ESPAÑOL.—*El Calvario de la vida*, drama en tres actos, de Alejandro Dumas.—La traduccion y los actores.—CIRCO.—*La mujer compuesta*..., proverbio en tres actos, en verso, original de D. José Marco.

IV. SALONES.—Los bailes del gran mundo.—El minué.

I.

Al revés de lo que ha sucedido en las anteriores semanas, miéntras la política se halla entre nosotros en un período de elaboracion, digámoslo así, en Europa se agita y trabaja activamente.

La cuestion que preocupa los ánimos, la que se ha levantado gigantesca y terrible durante los siete dias últimos, es la de las diferencias entre la Inglaterra y los Estados Unidos: el pretexto, la añeja diferencia pendiente sobre el *Alabama*, buque construido por la Gran Bretaña cuando la guerra de la poderosa república con el departamento del Sur: el motivo verdadero, el ódio cordial, la aversion profunda que se tienen los dos países, un dia hermanos.

Los Estados Unidos aguardaban, ó mejor, anhelaban una ocasion en que vengar positivos ó supuestos ultrajes; y esa ocasion creen haberla encontrado ahora que ven á su orgullosa rival rebajada de su antigua preponderancia, debilitada por sus indisculpables condescendencias, desconceptuada por su repugnante egoismo.

Así sus exigencias son excesivas y monstruosas, y la soberbia Albion no podrá nunca acceder á ellas, por más que no abrigue deseos de fiar la resolucion de tales puntos á la suerte de las armas.

El discurso de la reina Victoria en la apertura de las Cámaras hizo concebir esperanzas de un desenlace pacífico, que despues se han destruido con la seguridad de que el gobierno anglo-americano no desiste de sus ambiciosas pretensiones.

Veinte mil millones de reales exige en la referida cuestion del *Alabama*, por los perjuicios que durante la guerra con el Sur supone haberle causado la Gran Bretaña.

¿Logrará el tribunal arbitral, reunido en Ginebra, conciliar voluntades é intereses tan opuestos? ¿Logrará impedir que surja una nueva y desastrosa guerra, cuando aun no se ha secado la sangre derramada en la de Francia y Alemania; cuando todos tocamos sus grandes daños y sus inmensos males?

¡Quiéralo Dios! ¡El únicamente puede evitar catástrofe tan tremenda.

* * *

La reina Victoria y el comercio inglés no omiten esfuerzos para obtener un resultado satisfactorio. La primera, cuya alma elevada y sensible se aterra ante la perspectiva de semejantes horrores, emplea todo su influjo cerca de los hombres á quienes tiene fiado el gobierno de la nacion, á fin de que se muestren enérgicos sin dejar de ser conciliadores; con objeto de que ni la excesiva humildad aliente á los *yankees*, ni la extremada fiereza los irrite. La augusta señora, por su larga experiencia de los negocios, por su carácter generoso y humano, y hasta por los instintos de su sexo, no se inclina nunca á los medios violentos, repitiendo una frase que la pinta admirablemente:

—Más vale negociar que combatir: una victoria, por gloriosa que sea, no consuela nunca de las lágrimas que ha hecho verter.

Miéntras, los comerciantes y negociantes de la *City* se asustan de los incalculables perjuicios que podria acarrearles la ruptura con los Estados Unidos; y aunque impulsados por un pensamiento ménos noble, se mueven y trabajan para que no se altere la paz.

La Inglaterra es una nacion comercial ante todo, y la influencia de los que más perderian en la lucha, en caso de realizarse, no podrá ménos de ejercer presion sobre los encargados de resolver litigio de tamaña importancia.

La primera consecuencia, y el síntoma á la par de la inquietud que reina en el mundo por el término del conflicto presente, es el descenso que han tenido todos los valores en las bolsas de Europa y América: en Lóndres como en París; en Washington como en Viena; en Madrid como en San Petersburgo.—Los fondos públicos han bajado en todas partes, y ese indicio debe ser un aviso y una leccion hasta para los que pretenden sacar partido de una crisis europea.

* * *

La situacion de la Francia no ha mejorado; al contrario, empeora cada dia. Mr. Thiers se achica, se amengua, tanto personalmente como en la importancia los que le representan en el gobierno.

A Mr. Casimir Perier, que ha aprovechado un pretexto cualquiera para abandonar el ministerio de lo Interior, ha sustituido Mr. Victor Lefranc, que desempeñaba el de Comercio; al cual ha reemplazado Mr. Goulard, modesta medianía, que dista tanto de su antecesor como éste de Mr. Perier.

Ninguno de los estadistas importantes de quienes se hablaba para reforzar el gabinete: ninguno de los ilustres oradores á quienes se ofreció la cartera vacante ha querido aceptarla. ¡Fatal indicio de lo que es la situacion de la vecina república, y de lo oscuro y temeroso del porvenir! Ningun hombre de valer, ningun ambicioso accede á asociarse á la obra estéril de ese anciano obstinado, puesto al frente de los destinos de la Francia, y que oirá cuando pretenda enmendar sus errores la frase terrible que escuchó Luis Felipe el dia postrero de su reinado:—«¡Ya es tarde!»

* * *

¡Tarde para todo: tarde para consolidar su poder; tarde para edificar algo sólido: tarde, en fin, para la república y para la monarquía!

Lo que vendrá en pos de lo actual nadie lo puede decir: pero sí es posible y fácil vaticinar que será peor que lo presente; que será acaso la *Commune* con todos sus horrores, ó la Convencion con todos sus crímenes: un 1793 ó un 1871.—Escoja entre esas dos terribles fechas el que pudo salvar la Francia y la lleva inevitablemente á su ruina.

* * *

Donde quiera que hoy tornemos los ojos no encontramos sino cuadros tristes: desgracias y catástrofes espantosas.—El último correo de América nos ha traido la narracion de un suceso dolorosísimo:—el incendio de un vapor magnífico que llevaba á bordo multitud de personas ilustres de Buenos Aires y Montevideo.—Véase de qué modo refiere el siniestro un periódico del primer punto:

«La sociedad de Buenos Aires, como la de Montevideo, se hallan en estos instantes bajo la dolorosa impresion de un horrible acontecimiento—el incendio del vapor *América*, espléndido palacio flotante que conducia á la otra orilla del Plata doscientos pasajeros, entre ellos algunas personas notables y distinguidas, que aprovechaban los dias de Pascua para ir á disfrutar de una alegre temporada en el seno de sus deudos y de sus amigos, y que fueron á batallar con los dos elementos más poderosos y terribles: el agua y el fuego, doble abismo de olas y de llamas, en donde desaparecieron muchos de aquellos séres, horas ántes llenos de vida y de risueñas ilusiones!

Se sabe que el vapor *América* era preferido siempre por las familias que viajaban entre este puerto y Montevideo, por las comodidades que ofrecian sus espaciosos camarotes y salones.

El hecho de haber dos dias festivos en la semana, estimulaba á muchas personas á hacer el viaje á Montevideo, sin menoscabo de sus atenciones ó de sus negocios.

Esas circunstancias hicieron que el *América* saliese de Buenos Aires al mismo tiempo que el *Villa del Salto*, el sábado 23 de Diciembre de 1871, con más de doscientos pasajeros, contándose, como hemos dicho, muchas y muy distinguidas personas de nuestra sociedad, que iban con intencion de regresar despues de los dias festivos.

A la 1 y ¾ de la mañana del 24, y estando el vapor *América* unas 25 millas del puerto de Montevideo y 10 de la costa, un fuerte estremecimiento de la máquina despertó á los pasajeros sobresaltados. Creyóse en el primer momento que era una descompostura de la máquina, que no tendria más consecuencia que interrumpir la marcha; pero pasado un cuarto de hora se empezó á percibir olor á madera quemada, y pocos minutos despues se oyó el grito angustioso de *¡fuego!* á que siguieron escenas indescriptibles de angustia y de terror.

El elemento voraz, dilatándose con una rapidez espantosa, no tardó en dividir el buque, haciendo imposible la comunicacion de popa á proa, é impidiendo que se pudieran utilizar los botes salva-vidas, que el vapor trae amarrados á sus costados, á excepcion de uno de que echaron mano los tripulantes, para salvarse en él, en los primeros momentos de la catástrofe.

No es posible conocer minuciosamente lo que ha pasado á bordo del vapor desde que se pronunció el incendio, pero fué terrible. El instinto de la vida luchó allí con todo el furor y la demencia de la desesperacion.

Todos y cada uno de los pasajeros buscaban azorados un medio de salvacion; y cuando uno se habia asido á un salva-vidas, á una tabla, á un fragmento cualquiera de madera, que pudiera mantenerlo flotante sobre las aguas, otros se lo disputaban encarnizadamente, en medio de ese delirante frenesí de la vida y de la muerte, de una vaga esperanza y de una suprema angustia.

Pero nosotros apartamos la vista de ese horroroso cuadro, para fijarlo con emocion en los actos heróicos, en los rasgos generosos que brillan casi siempre en medio de esas siniestras catástrofes.

En el número debemos contar al señor don Juan José Pondal, que era uno de los pasajeros del *América*, y que supo sobreponerse á su propio infortunio para preocuparse solamente de arrebatar víctimas á las olas. Algunos deben la vida á su intrepidez, y será seguramente la más noble recompensa de su heroismo la satisfaccion de haber rescatado así la vida de sus semejantes en tan desesperado trance.

No es ménos heróica la accion del señor don Augusto Rohl, quien con su señora y tres hijos menores se lanzó á las olas, dispuesto á morir ó salvarse con ellos. Tres horas estuvo en el agua, presa de todas las angustias [illegible]ginables al sentir que uno de sus niños, á quien te[illegible] sus brazos, se iba quedando insensible por la influ[illegible] del frio. Tan noble accion tuvo su recompensa. El [illegible] oportuno del vapor *Villa del Salto*, que entraba al p[illegible] en ese momento, vino en su ayuda, y hoy se encu[illegible] de nuevo entre nosotros, lo mismo que su familia, [illegible] cual creyó perecer en el fuego ó en el Océano.

No fué tan feliz el estimable ciudadano doctor don [illegible]gusto Marcó de Pont. Él pudo salvar á la compañera [illegible] vida, ciñendo á su cuerpo el salva-vidas que otro ho[illegible] magnánimo le alcanzaba: pero su vida era el precio [illegible] abnegacion, y desapareció en el agitado abismo del m[illegible]

La misma suerte tuvo don Luis Viale, el hombre [illegible]roso que con tanto heroismo se habia arrancado el [illegible] vida, y con él la esperanza única de salvacion, para [illegible]gárselo á Marcó de Pont.

Nos hemos esforzado por conocer los datos más [illegible]deros sobre este acontecimiento. Hemos sacado co[illegible] los pasajeros de la agencia del vapor *América*, y [illegible] que 120 personas tomaron pasaje en aquella agencia [illegible] ese número, sólo 55 se han salvado, segun las listas [illegible]blicadas hasta aquí. Faltan 65. Hay que agregar [illegible] lista el número de personas que tomaron su pa[illegible] bordo.

La nota del cónsul argentino disminuye un tanto [illegible] cifras.

Tan horrible siniestro da lugar á las más graves [illegible]tes reflexiones.

Se hace pesar sobre el comandante Rossi una [illegible]cion tremenda. Nosotros vacilamos en acoger tales de[illegible]cias, por el mismo carácter de gravedad que ellas [illegible]visten.»

* * *

Hemos extractado la larga relacion del periódico [illegible] Buenos Aires, porque creemos que verán con [illegible] nuestros lectores los incidentes y episodios del [illegible] horrible que ha tenido por teatro la mar, y en el c[illegible] han admirado, á la par que los miserables impulsos [illegible] humanidad, rasgos sublimes y heróicos que re[illegible] en honor suyo.

Y dedicando ya la atencion á nuestra patria, ve[illegible] lo que acontece en ella es capaz de consolarnos [illegible] desdichas y desastres que hemos referido.

II.

¡Ay! ¡No! El porvenir no se presenta más alegre [illegible] sueño en España que en los demás paises de la [illegible]

Negras nubes se amontonan en su horizonte: s[illegible] y anuncios de tempestad vemos aparecer donde qu[illegible] si la Providencia con su mano omnipotente no lo e[illegible] dias tristísimos están cercanos.

La actitud de los radicales en la reunion del Ci[illegible] Price; el lenguaje y el tono del manifiesto que [illegible]blicado despues, no dejan duda de los peligros q[illegible] amenazan.

La revolucion de 1868 ha sido estéril é infe[illegible] ¿será más feliz la que aparece en lontananza?—P[illegible] imposible hacerse ilusiones acerca del término de [illegible]tuacion presente.

Los radicales no nombran ni siquiera una vez [illegible] narca ni á la dinastía en su alocucion electoral: [illegible] contrario, aluden á ambos objetos en términos p[illegible]tisfactorios. En los banquetes y fiestas del Real [illegible] no han vuelto á presentarse sino dos de ellos: el [illegible] de Veragua—el descendiente del inmortal Colon—[illegible] señor Moret, ex-ministro de Hacienda.

Los demás continúan en su retraimiento, que [illegible] ser preludio de otro más grave y trascendental.

* * *

Miéntras tanto, ¿qué hace el ministerio del señor [illegible]ta?—Duda, vacila, fluctúa como siempre.

Quiere la fusion, y no se atreve á llevarla á cabo; [illegible] del éxito de las elecciones, y no osa atraerse los e[illegible]tos que podian asegurárselo; fluctúa entre su de[illegible] llamarse conservador, y el temor de dejar de lla[illegible] progresista.

Nombra gobernador de Madrid al señor Alvareda, [illegible] se atreve á enviar otros ménos *acentuados* á las p[illegible]cias; hace consejeros de Estado á dos unionistas—l[illegible]ñores Valera y Navarro Rodrigo,—y no se decide á [illegible] pedir que jure como ministro de la Guerra el [illegible] Gaminde, antiguo ayudante del conde de Reus, qu[illegible] antítesis de aquellos; sabe que para él, como para [illegible]guno, tiene el tiempo inmenso valor, y sin emba[illegible] se atreve á aprovecharlo; conoce que la tierra [illegible] bajo sus piés, y no hace nada para afirmarla.

Sin que neguemos nosotros las altas prendas del [illegible] Sagasta, creemos que carece de la más esencial e[illegible] hombre público, en particular cuando se halla en la [illegible]cil posicion que él ocupa:—la resolucion y la osadía.

Con ellas solamente se dominan las dificultades; [illegible] ellas solamente se llega á la realizacion de los altos [illegible] que debe llevar á quien se halla al frente de los de[illegible] de un pais.

III.

El teatro del Príncipe ha sufrido un nuevo fraca[illegible] traduccion de la *Princessa Georges*, de A. Dumas, [illegible] segun parece por su mismo empresario y por su d[illegible] de escena D. Luis Mariano de Larra, ha tenido un [illegible] muy infeliz.

¿Cómo dos escritores de experiencia y de talento

dieron creer que la obra que en Paris no ha logrado buena acogida, tendria entre nosotros mejor suerte?

Fiados sin duda en el trabajo «de reduccion» que en ella practicaron; fiados en que haciendo desaparecer algunos personajes, atenuando ciertos detalles, omitiendo algunas escenas, la despojarian de su pecado original:—el de una repugnante inmoralidad.

Así y todo, todavía queda la suficiente en el drama para que al público le parezca odioso, y para que resulte pálido y frio con las supresiones y modificaciones hechas.

Tres noches ha vivido *El calvario de la vida*, y el público ha dado una prueba de buen gusto no asistiendo á sus representaciones y recibiéndole con la más absoluta indiferencia.

* * *

El coliseo de la plaza del Rey ha sido más afortunado con *La mujer compuesta*..., proverbio del señor Marco, que se estrenó con justo aplauso el 7 del actual.

No es una gran comedia, pero es una comedia agradable: no enseña nada nuevo, pero enseña algo bueno.

Y sin embargo, la leccion moral que contiene no es oportuna: la sátira contra el lujo es hoy más necesaria que la censura del desaliño; y mejor sería condenar la disipacion y el fausto femenil, que la vida modesta y oscura de la mujer casada.

Sea como fuere, la última produccion del señor Marco merece elogios por su espíritu, por sus tendencias y por sus situaciones cómicas.

Ni un solo momento estuvo indeciso el éxito, y el autor fué llamado dos veces á la escena, mitad por la *claque*, mitad por el público de buena fé y de buen sentido.

Matilde Diez hace de un papel secundario una parte principal: la Gilly y la Lombía están interesantes, la una en su *negligé* y la otra en su lujo: en fin, Manuel Catalina y Florencio Romea caracterizaron hábilmente los dos únicos personajes masculinos de la comedia.

IV.

La simple enumeracion de los bailes que ha habido durante los últimos dias del Carnaval llenaria casi las columnas de LA ILUSTRACION. Diremos, pues, que aquél ha concluido con la misma animacion con que habia empezado, y que los saraos brillantes y espléndidos se han sucedido en los palacios de la condesa del Montijo, de los marqueses de Alcañices, de los duques de Fernan-Nuñez y de Bailén; en casa de los condes de Superunda, de los marqueses de Vinent, de los señores Ettling, Layard y barones de Canitz.

Pero la gran novedad de esta temporada tan fecunda en diversiones, ha sido la resurreccion del minué, llevada á cabo el sábado 10 en los salones del palacio comunmente llamado de Portugalete.

Ejecutaron aquel baile ocho damas de las más distinguidas de Madrid, y ocho caballeros tambien muy conocidos. Vestian ellas trajes de la época de Luis XV, y ellos el desairado frac y el prosáico pantalon moderno: pero este anacronismo en nada perjudicó al buen efecto de la noble y ceremoniosa danza, que acaso vuelva á aclimatarse en la alta sociedad.

Enfrente del *cancan* inmundo y grotesco se ha colocado, pues, el baile decente y decoroso de nuestros abuelos; contrastando con los gestos y cabriolas del uno, la forma severa y ceremoniosa del otro.

Hé ahí, pues, dos bailes que simbolizan dos épocas: el minué con su pompa, con su severidad, con su etiqueta, la de Cárlos III; el *cancan* con su descoco, con su cinismo, con su desenvoltura, la actual.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

12 de Febrero de 1872.

BIBLIOGRAFÍA AMERICANA.

ECOS DE LOS ANDES,

POESÍAS LÍRICAS

POR DON JOSÉ MARÍA SAMPER Y AGUDELO.

(Un tomo 8.º—Paris, 1860.)

(Conclusion.)

IV.

Tal es en suma la historia poética que el señor Samper y Agudelo nos revela en los *Ecos de los Andes*, interesante crónica de once años (1849 á 1860). Al darla á luz, ha agrupado sus bellos capítulos en tres diferentes partes, bajo los epígrafes de *Meditaciones, Impresiones* é *Improvisaciones*; division que, si parece responder á un pensamiento filosófico, no se halla del todo justificada por ninguna razon estética, contribuyendo al mismo tiempo á producir alguna confusion, en órden á la sucesion cronológica de los hechos que constituyen la interesante novela de sus amores y de sus penas, de sus dudas y de sus esperanzas.—Cierto es que para obviar este inconveniente, previsto sin duda al sacar á la luz del dia los *Ecos de los Andes*, ha conservado el poeta la fecha de su inspiracion al pié de cada una de las poesías que forman este triple ramillete; pero apareciendo en él su musa animada por sentimientos perfectamente determinados, más conforme á los principios estéticos, hubiera sido acomodar á la naturaleza de aquellos la ordenacion indicada. Cantando al amor y á la naturaleza, al hombre y á Dios, caíase en verdad de su peso una clasificacion que, empezando por la inspiracion *erótica*, cerrára esta poética corona con la inspiracion *religiosa*, abrazando en su centro los cantos *descriptivos*, patrióticos ó *políticos*, y *filosóficos*. Quien, como el señor Samper, aspira con noble ingenuidad á que cada una de las poesías amorosas, comprendidas en los *Ecos de los Andes*, sea «un himno religioso, porque cada una es un canto de amor castísimo,» declarando paladinamente que este castísimo amor le habia inspirado y santificado; quien se paga de «cantar al amor y sólo al amor,» así en el órden divino como el humano, ó debió presentar las poesías de los once años, tras esa singular purificacion, en la sucesion con que brotaron de su lira, ó ya que pensó en clasificarlas, someterlas á un sistema que, levantándonos, como él se ha levantado, desde sus más puros sentimientos de amor hasta la contemplacion del Ser Infinito, nos condujese serenamente por las regiones que en su vuelo atraviesa, sin vacilacion ni contradiccion alguna.

Mas dejando á un lado esta cuestion de método (que al cabo el órden de los factores no altera el producto), cúmplenos observar, para ir completando el juicio que nos han inspirado los *Ecos de los Andes*, que no en balde hemos atribuido á su autor el título y galardon de poeta lírico, conceptuando sus obras como otras tantas producciones dignas de la estimacion de los doctos.—Revelan, en efecto, estas poesías, generalmente hablando, el tono de la verdadera inspiracion: su estilo es apasionado, sin afectacion; levantado, sin oscuridad; brillante, sin abigarramiento ni desentono, si bien aparece alguna vez recargado de excesivas lumbres y matices: su lenguaje es rico, elevado, pintoresco, castizo, dado que no escasean en él los *galicismos* que vician la frase, despojándola á veces de su genuina compostura y nobleza; su diccion es abundante, escogida, nada vulgar y verdaderamente española, por más que el señor Samper admita en su especial dialecto poético palabras de formacion no del todo conforme á la analogía de la lengua castellana, ó enteramente peregrinas á ella, como nacidas ó formadas en el suelo de América.

No hallamos igual riqueza respecto de las formas artísticas: emplea en verdad el cantor de los Andes cierta variedad de metros y de combinaciones rímicas, que le presentan íntimamente familiarizado con las formas poéticas de antiguo atesoradas por el Parnaso español é ilustradas por nuestros más renombrados ingenios de los siglos XVI y XVII: manéjalas con facilidad, gracia y soltura; pero dominado sin duda por el ejemplo de los modernos poetas, entre quienes da sin duda el primer lugar á Zorrilla y á Espronceda, prefiere sobre todas las formas métricas y rímicas las que constituyen la *octava* y *octavilla*, ligadas por rimas agudas de cuatro en cuatro versos, cuyo orígen no es fácil por cierto descubrir en nuestro citado Parnaso: esta preferencia se hace al postre sensible abuso, lo cual dificulta algun tanto la lectura de los *Ecos de los Andes*, principalmente en las *Meditaciones* de su parte primera. La metrificacion, fuera de algun verso impropiamente acentuado ó cargado en demasía de sinalefas, es siempre robusta, armoniosa y llena, no faltándole en las ocasiones convenientes delicadeza, flexibilidad y dulzura.

¿Necesitarán acaso nuestros ilustrados lectores las pruebas determinantes de cuanto dejamos expuesto? Para los que en alguna manera conozcan nuestro habitual proceder en materias de crítica, ó hayan leido algunos versos del bogotano Samper, esta demostracion parecerá sin duda un tanto ociosa. Mas como habrán de leer estas líneas algunas personas en cuyas manos no hayan caido aún los *Ecos de los Andes*, bien será añadir algunos ejemplos de estas poesías á las observaciones indicadas, contrayéndonos sólo á poner de relieve sus bellezas, tarea más simpática para nosotros que la de señalar individualmente los ya insinuados lunares.

V.

Obedeciendo á la ordenacion psicológica y estética que hemos apuntado, y siguiendo la historia interna de las inspiraciones del señor Samper, lícito nos será exponer ante todo algun pasaje de sus *poesías eróticas*. Al contemplar la belleza de su amada, descríbela del siguiente modo en la composicion que lleva por título: *Tu Imágen*:

> Hay en tus bellos ojos tan tímida dulzura,
> hay en tu blanca frente tan pura castidad
> y tiene tu sonrisa tan célica ternura,
> que todo en tu semblante revela tu bondad.
>
> Y hay tal misterio ignoto, que puebla tu mirada
> si acaso melancólica la dejas tú vagar,
> que en ella siempre leo la historia tan soñada
> del paraíso hermoso, que un tiempo vi asomar.
> Tu sombra es blanca nube de mi estrellado cielo;
> tu sombra es el reinado del ángel de la fé:
> y al verla misteriosa, disípase mi duelo,
> pues siempre, al contemplarla, mis sueños encontré.

Recordando en la *Cascada Triste* los momentos de ventura, gozados junto á ella, al subir á la montaña, le decia:

> ¡Cuán hermoso estaba el dia,
> cuando encantados los dos
> trepamos la serranía
> palpitando de alegría,
> de un nuevo placer en pos.
> Locamente enamorados,
> llenos de ardiente ilusion,
> con los brazos enlazados
> sobre un peñasco sentados,
> contemplámos el turbion.
> Y era tanta mi ventura,
> tan suprema tu bondad,
> que en alas de mi ternura
> ví poblada de hermosura
> la rústica soledad.

Uniendo las ideas del amor y de la religion, exclama de esta forma en *La Noche en el Campo*:

> ¡Cuánto me gozo aquí con tu silencio,
> tus celestes hermosos resplandores,
> tus eternos recónditos rumores;
> tus sombras sin color, tu soledad.
> Porque siento que en tí cada ruido
> que lejano murmura y cada sombra
> de Dios, que anima la creacion, me nombra
> la honda, impenetrable eternidad.
> Plázeme bien de tu quietud la pompa,
> tu dulce y eternal melancolía:
> pues compañera de la dicha mia,
> vienes siempre mi encanto á duplicar.
> Sí: que á los piés del ángel adorado,
> lleno de fé, de amor y de ternura,
> es más gentil su tímida hermosura
> de tus astros al vago murmurar.

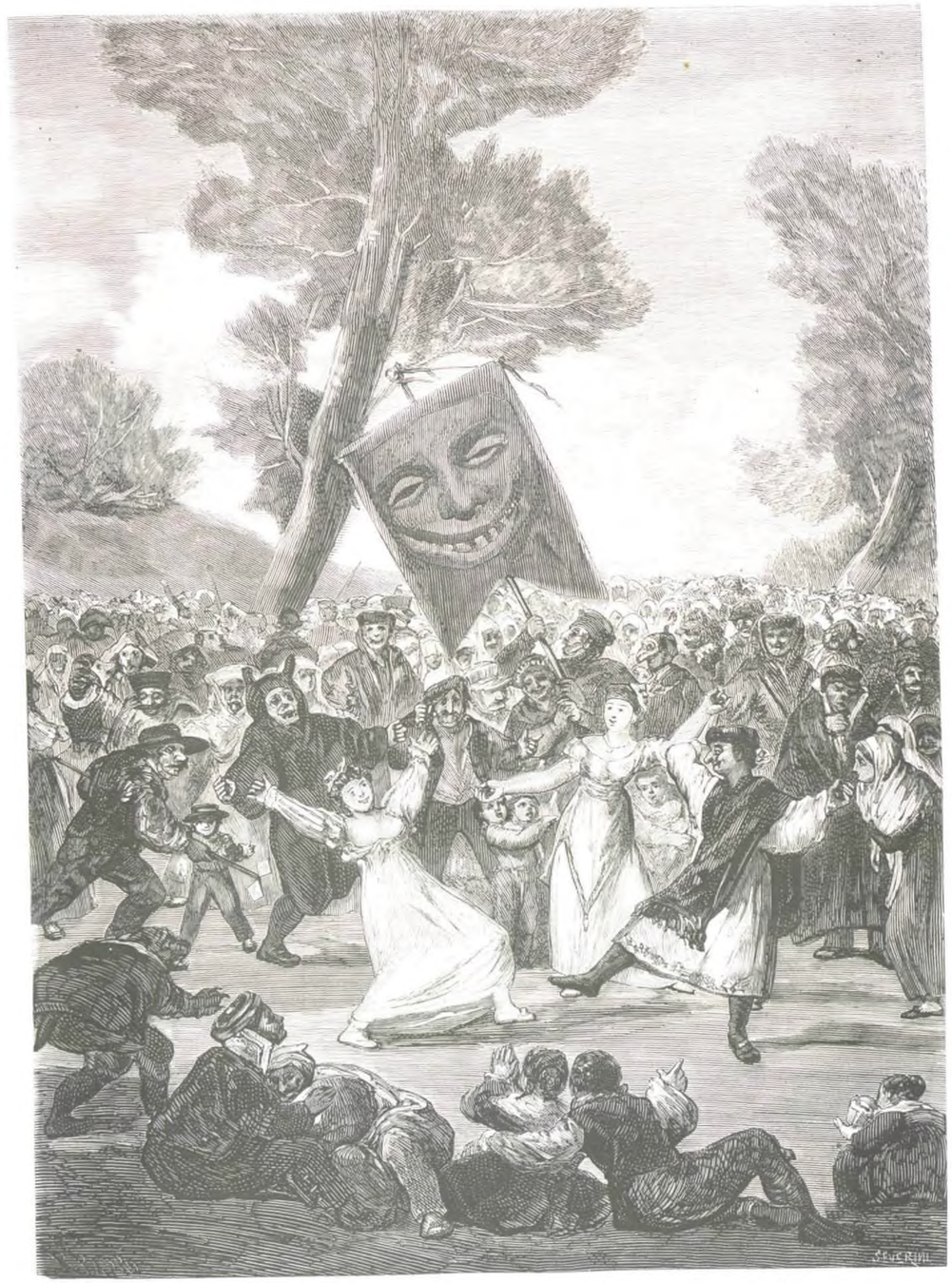
Al fijar despues más atentamente sus miradas en aquella prodigiosa naturaleza, gala de su país nativo, pinta con vivos colores, en sus versos titulados *Marquetá*, las orillas del Magdalenas, donde hallamos abundantes rasgos como los siguientes:

> La selva, que sus márgenes circuye,
> galana ostenta su vigor, su brillo,
> y en el follaje de temblantes palmas
> vaga un profundo incógnito ruido.
> Allí levanta el «guayacan» su mástil,
> su ámbar el cedro, perfumando el rio,
> y crece el caucho de menudas ramas
> con la palmera colosal tejido.
> La ceiba tiende su opulento manto
> y destrenza sus hebras el encino,
> miéntras el sauce temblador se mece
> en la ancha playa que fecunda el limo.
> Nadie su planta deslizó en el bosque,
> vírgen aún, por nadie conocido:
> que allí entre brumas el leon impera,
> rey de la quieta soledad bravío.

El solitario cuadro de aquellas incultas y salvajes regiones ofrece cierta solemnidad augusta, que embelesa y sojuzga al par nuestro espíritu. Tras otras varias poesías descriptivas, que como la consagrada al torrente de *Tequendama*, los *Misterios de la Selva*, *El Páramo*, *Guali*, *La Cascada*, *En el Campo*, etc., completan, en la lira del señor Samper, la pintura del suelo bogotano, le vemos llevar sus miradas al tumulto de las ciudades, receloso á un tiempo y ufano de aquella inquieta libertad, que alternativamente impulsa, retrasa y ensangrienta el movimiento civilizador de su patria, objeto no secundario por cierto de sus más ardientes deseos y esperanzas.—El cantor de los Andes parece reconcentrar cuanto siente, cree y espera sobre este punto, en la composicion intitulada *El Pueblo*. En ella le oimos prorumpir en rasgos de esta fuerza, al pintar su instabilidad en el bien y el mal, la decadencia y la gloria:

> Hoy la gloria, la pompa soberana,
> la libertad, la luz y la grandeza:—
> llanto despues... desolacion, tristeza,
> fuego, sangre, saqueo y orfandad.
> Hoy, en nombre de un Dios y un Evangelio,
> son los fuertes y débiles hermanos...
> y mañana famélicos tiranos
> sobre tumbas reinando sin piedad.
> . . . .
> ¿Por qué tantos horrores y matanzas?...
> ¡Pueblo! ¿Quién eres tú, que fratricida
> en el largo martirio de tu vida
> tu propia raza aniquilando vás?
> ¿Es que Dios te creó *noble* y *plebeyo*,
> que en tu sangre salieron de sus manos
> una raza de tigres soberanos
> y otra de esclavos, sin razon jamás?

A esta pregunta desconsoladora y terrible, responde lleno de fé, que tiene su raiz en la historia del género humano, diciendo:



BELLAS ARTES.—«El entierro de la sardina» cuadro de D. Francisco Goya (pág. 101).

¡No! ¡La obra de Dios no engendra mónstruos!...
¡Su infinita verdad no es un delirio!...
¡No hay estirpe del duelo y del martirio
contra estirpe del bien y del poder!...
¡No hay una raza de Caín maldita,
ni otra de Abel, que en la inocencia crece!
¡Dios perdona, y el mal desaparece,
y es el progreso la virtud del ser!...

La musa del cantor de los Andes se eleva por todas partes á la contemplacion de Dios, cuyos inmutables decretos ve siempre realizados, á despecho de las maldades y delirios del corazon humano, á quien dirige en muy notable composicion este singular apóstrofe:

¿Qué es de tu vida al fin? ¿Cuál es tu nombre?...
¿Infierno de pesar y de amarguras?
¿Paraíso de amor y de dulzuras?
¿O un misterio de dudas y de fé?...

La fé, que redime su alma de la duda, le inspira dulces concentos, al dirigir su canto á la madre de Jesús, exclamando:

¡Cuándo inmortal misterio
revela tu alma vida!
¿Y cuándo amor anida
tu limpio corazon!
Sublime paraíso
de eterna venturanza,
él brinda la esperanza,
la paz y la oracion...

La fé, que le ha preservado, como poeta, de [illegible] rizaciones vergonzosas, levanta su espíritu al [illegible] premo, para prorumpir en este consolador ap[illegible]

¿Dudar?... ¡Jamás! Mi corazon te siente,
y tu nombre murmura en sus latidos,
cuando vaga el dolor en sus gemidos,
y en sus hondos arranques de placer.
¡Dudar de ti, cuando poeta ardiente,
sólo supe vivir de la esperanza!
¡No!... ¡que sí á verte mi poder no alcanza,
tengo un altar, donde adorar tu Sér!...

VI.

Creemos dejar desempeñada nuestra palabra, no solamente respecto del mérito literario de los *Ecos de los Andes*, sino tambien respecto del carácter especial del talento poético de su autor. Erótica, descriptiva, política, filosófica y religiosa es la musa que le inspira; y sus cantos, cualquiera que sea la índole de esta inspiracion, esencialmente lírica, no sin que nos sea dado señalar en ellos, para concluir, y juzgando siempre por los *Ecos de los Andes*, base inmediata del presente estudio, un muy singular fenómeno. Ni en las poesías amorosas, ni en las descriptivas, decae el arrebato lírico del poeta, ni falta el brillo á su estilo, ni el movimiento á su lenguaje: en las políticas y filosóficas asoma alguna vez cierto prosaísmo: en las simplemente patrióticas, tales como los himnos de circunstancias, desciende tanto la inspiracion y bajan tan por extremo el tono y el colorido, que con harta dificultad nos persuadimos de que sean todas fruto de un mismo ingenio.

¿Qué explicacion admite, pues, este hecho? La musa de Samper, que ama ardientemente la libertad, que cree con profunda conviccion en las leyes del humano progreso, que anhela, en fin, vivamente la felicidad de su patria, no puede sin duda aplaudir voluntariamente la anarquía que, á la sombra de todos estos santos nombres, compromete de contínuo y amenaza destruir en el suelo bogotano la libertad y el progreso.—Por lo demás, ya lo dejamos consignado: la actividad de su inteligencia es verdaderamente admirable, y grande su amor al arte y á la ciencia, revelado en todas sus producciones; pero si todas las obras de que arriba hicimos mérito, dan una alta idea de su talento, justificando las histórico-políticas la activa y elevada intervencion que ha logrado repetidamente en la administracion del Estado, ninguna como los *Ecos de los Andes* le asegura un puesto distinguido en la historia de la literatura hispano-colombiana.

J. Amador de los Rios.

CUADROS FOTOGRÁFICOS.

GOYA.—EL CARNAVAL.—LAS MAJAS.

Los críticos, gente de suyo atildada y descontentadiza, al formar juicio del original artista cuyo nombre encabeza estas líneas, suelen hablar de él con cierto desden, concediéndole á lo sumo un lugar secundario, con rasgos de grande originalidad sí, pero muy distante de Velazquez, por ejemplo, á quien lo comparan en algunas de sus cualidades.

No ha merecido, ciertamente, un alto escaño en las cumbres del Pindo; y sin embargo, para nosotros es más que un artista: es un genio singular, típico, *sui generis*, encarnacion característica del espíritu popular nacional, algo más importante que una jefatura de escuela, porque representa una época, una filosofía, casi una civilizacion.

Goya, en efecto, viene á ser en su línea una entidad tan marcada como Cervantes y Shakspeare, y acaso una especialidad de idénticos quilates, pues cual ellos reune la observacion profunda á las aparentes formas de ligereza, poseyendo en no menor grado aquella *vis cómica*, don tan escasamente impartido áun á los ingenios más sobresalientes, por la inmensa dificultad que hay de ser verdaderamente gracioso en cualquier género.

Acaso, á tomar en sus estudios otro rumbo, Goya hubiese sido mejor en procederes facultativos: porque no hay duda que á veces adolece de flojedad, hasta con incorrecciones sumamente groseras; pero genio fogoso, hijo de sus obras y reducido á sí propio, sin maestro que le aleccionase—ya que tambien en él hay esa particularidad de haber brillado casi solo en su cénit—no reconocia las sujeciones de la disciplina, ni la severidad académica, ni la gestacion bajo forma de traba alguna. Romántico en toda la latitud de la palabra, campaba anchamente por sus respetos, arrebatado casi siempre en alas de su loca imaginacion, llevado ardorosamente de su pulso calenturiento, excéntrico por carácter, humorista por genio, extravagante por gusto, fantástico por inclinacion. Contagiado algo de la risa volteriana, ¡qué de veces tomaria los pinceles sólo en desahogo propio y sin aspiracion á lauro alguno! Su sátira no era de palmeta, sino de látigo; pero látigo duro, que levanta ampolla, si no deja cardenales y heridas.

BELLAS ARTES.—«Las majas,» cuadro de D. Francisco Goya.

No es nuestro ánimo trazar aquí un juicio crítico que daria asunto para muchos artículos: bástanos llamar la atencion sobre ese talento fenomenal, muy superior á lo que generalmente se conceptúa, y que resaltará más en cuanto al través de los tiempos vaya deslindándose la preciosa silueta de fines del siglo pasado y principios del actual, que constituye el fondo de sus obras, con una maestría que no alcanzarian seguramente los mejores novelistas ni los más sagaces historiadores.

Y este es sólo uno de los aspectos de su talento. Bajo el esercial pictórico, ninguno puede comparársele en la suma de cualidades que atesora: originalidad, variedad, complexidad, inagotabilidad, todo chispeante y mirífico, lleno de encantos y de sorpresas.

Y como poeta filósofo, ¿quién igualó jamás la impresion maravillosa áun de sus composiciones ménos atildadas; la vision diáfana, la aparicion tremebunda, la ilusion vagarosa, el ensueño fatídico, las chácharas villanescas, los trances angustiosos de la muerte, las ricas exuberancias de la vida?

¿Y qué si le consideramos bajo su más peregrina especialidad de censor chismográfico, caricaturista donosísimo, facsimilista hasta una realidad que perfecciona á la misma naturaleza, en lo cual se quedan muy atrás, así los antiguos Rembrandt, Ostade, Hogarth, Wilkie, como los modernos Cruiskanck, Doré, Gavarni, Cham, etc., prescindiendo de que todos estos inspiraron sus críticas en una musa ligera, al paso que Goya, en medio de las fantasías más burlescas, nunca olvida el *corrigis videndo mores*, dejando asomar su ceño aristárquico, ya en la intencion del asunto, ya en la precisacion de sus caractéres?

La escena carnavalesca que acompañamos, es una

de tantas obras maestras donde juntamente campean todas las grandes cualidades de su autor.

¿Puede, en efecto, darse cuadro más expresivo de la gran locura humana? ¡Lo que va del verdadero talento á la vulgaridad! Hé ahí un asunto manoseado, repetido anualmente en variedad de tonos por muchas publicaciones ilustradas: cópianse hasta la saciedad los carnavales de Venecia, de Nápoles, de Paris, de Madrid, de Viena, con sus ruas y mascaradas, verdadero mosáico ó embrollo, pintoresco si se quiere, pero monótono é insípido, cuando no fatigoso y repulsivo. Pues bien: Goya, con más parsimonia, nos muestra un tropel barajado, incógruo, casi siniestro, de mascarones gesticulantes y vertiginosos, que se pierden en una larga línea, cual los anillos de una monstruosa culebra, ondulando entre matices de reverberacion fantasmagórica. ¿Pero quién, bajo tan vulgar apariencia, no siente la punta de un dardo que se endereza á los bacanales del Carnaval, ya se consideren en estado de ocasion, ya en significado de perpetuidad? ¿Qué es ciertamente la marcha de la humanidad desvanecida por sus delirios, sino un tropel corriendo *al azar*, sin procedencia cierta ni término seguro, ofreciendo el lastimoso espectáculo de esos adefesios que evocó la poderosa imaginacion del artista?

No, no es dable condensar con mayor energía y precision la informe mescolanza de bondez, grosería, licencia y frenesí que por desgracia vincula en sí la indicada pseudo-diversion, esencialmente pagana y bien poco digna por cierto de una sociedad civilizada.

Goya, reconcentrado en el santuario de su razon, debió sentir este mal; quiso aplicarle un correctivo, y á guisa de cáustico, en hora feliz é inspirada creó esa bellísima composicion de repugnancia sublime, de trascendental concepto, prestigiosa bajo todas las fases de su ingenio sobresaliente, siendo á la vez improvisada y sentida, moral y filosófica, realista y poética, natural y fantástica, séria y jocosa, trivial y magnífica, rebosando para colmo de perfeccion una mágia de luz inexplicable, con cabal empleo de todos los demás recursos artísticos.

Béstanos indicar otra cualidad no muy acariciada de nuestro pintor, que sin embargo brilla notablemente en su otro cuadro de *Las Majas*, que reproducimos.

Dos equívocas beldades, del género á que tan aficionado era el célebre autor de *Los Caprichos*, hacen su garbo desde un balcon, pescando amores con el anzuelo de la sonrisa más hechicera y provocativa, mientras afisban ó hacen espalda dos galanes, torvamente rebozados en sus capas; especie de cancerberos guardadores de esas frescas manzanas, más accesibles, por cierto, que las del jardin de las Hespérides.

Cual tipos de donosura y gallardía española, ambas protagonistas son inmejorables: cual asunto, el cuadro es todo un poema; y tocante á su desempeño, bastarian para formar la reputacion de un maestro la perfecta gracia é irresistible seduccion de todas sus partes, plan, dibujo, luz, contrastes, etc.

¿Quién sino Goya hubiera imaginado colocar junto á las dos majas sus cortejos ó testaferros, cuyo sombrío perfil, vagueando en la penumbra del fondo, tanto realza el primer término bajo el punto de vista pintoresco, y bajo la tendencia filosófica jamás olvidada de nuestro peregrino humorista, llevan por significativa representacion, ya sea el lado feo de las pasiones venales, ya la infeliz suerte de aquellas livianas bellezas, que criadas por el cielo para más altos goces, vienen á marchitarse cual flores de un dia, deshojadas á manos del primer villano que groseramente las coge, y luégo torpe y brutalmente las desecha?

Hacer sentir sin exceso de pretension, hé aquí el *gran secreto del arte*: hé aquí tambien el eminente privilegio de Goya.

Por eso cuantos respondan al sentimiento no hallarán exagerados nuestros elogios.

J. PERIKARÍ.

Barcelona, 1872.

EPISODIOS Y PAISAJES.

EL TORREON DE SAN FRANCISCO.

En cierta ciudad de España, famosa por la extension é importancia de su comercio, hubo un convento de franciscanos,—ahora cuartel de infantería,—cuyas letrinas ocupan un torreon alzado sobre los arriales de una huerta vecina.

Torreon y huerta están hoy separados por una calle; pero años hace, el muro de la huerta se pegaba al del torreon, y los frutales levantaban sus cargados ramos á tentar el olfato del centinela, que caballero sobre el alféizar de una ventana, acompañando cadenciosamente su monótona cancion con golpes de la bayoneta sobre la piedra, cuidaba del órden y policía internos de aquellas estancias.

Algo parecido ocurria á primeros del siglo que corre; mas entónces no eran soldados, sino religiosos, quienes desde las ventanas del torreon poderaban la fruta, manteniendo conversacion frecuente con el hortelano vizcaino que cultivaba la huerta. Tambien entendian en este oficio los menores observantes, y cosechaban dentro de su clausura el fruto de limoneros y naranjos, cuyos añosos troncos todos más contemporáneos han conocido.

Una noche el hortelano, ya recogido á dormir en su casilla, despertó al ladrar del perro; y puesto á escuchar, creyó oir entre los aullidos del azorado can, voces y gemidos humanos. No paró mayor cuidado en ello, ó porque fuese poco dado á espantos y cavilaciones, ó porque á menudo se oian en las cercanías quejas y alaridos, causados, segun fama, por involuntaria disciplina aplicada á novicios ó recalcitrantes; rigor de maestro ó guardian de manga estrecha, y tan celoso de la regla, que no omitia estímulo para enardecer á los tibios y despertar á los perezosos.

Sin embargo, el grito que á intervalos parecia dominar los otros inarticulados y confusos, decia claro:—¡No me mateis, por Dios; no me mateis!—Verbo terrible, que ni oido en son de fiesta deja de llegar á las honduras del corazon humano.

Pero los aves cesaron; volvióse el hortelano á dormir como solia, y con el sueño calmósele todo recelo triste y desasosiego; tanto que á la mañana siguiente, cuando el sol salió por cima de los tejados del convento, no dejó el tahunado de examinar maliciosamente la facies de cuanto fraile jóven pasó á tiro de su curiosidad, pretendiendo inferir de lo confusa y ojerosa si pertenecia á alguno de los probados por la involuntaria penitencia.

Era domingo, dia ocioso, del cual gastaba el hortelano buena parte en asistir á un juego de pelota, encajado dentro de los términos de la heredad de que cuidaba. Allí campaba el veterano, inteligente á fuer de vascongado, ocupando indefectiblemente el mismo lugar de un poyo de mamposteria, caida la boina azul sobre las cejas, apoyadas ambas manos y la barba en su garrote de luciente acebo pintado, quemando con lentas y profundas chupadas el tabaco de su curtida pipa, consultado de tanto en tanto sobre los lances dudosos, oido siempre con respeto, y por tal deferencia casi dispuesto á templar su alto desprecio de los jugadores de la tierra, y consentirles que se atrevieran con un juego del goce peculiar y exclusivo de los vizcainos, y excelencia propia de su agilidad y robustez.

Allí acudia tambien, llevado de aficion idéntica, cierto alguacil del ayuntamiento, sombrerero de profesion, más hablador que sombrerero, tenido por muy al cabo de los negocios ó intrigas del consistorio, testigo universal de todo lo acaecido, proveedor de noticias, gaceta ambulante de fiendas, esquinas y corrillos. Artes, oficios y habilidades humanas no tenian para él reconditeces; en toros, comedias y náutica era entendidísimo; y en esto del *saque*, el *rebote* y el *bodeo*, un lince. Amigo íntimo del hortelano, entrambos formaban parte de un tribunal y de un partido de los dos en que se dividia la palestra.

Sentábanse los adversarios enfrente, y frecuentemente surgian de uno á otro lado del trinquete disputas y controversias facultativas sobre las pelotas *foltas* y las pelotas *buenas*, tan entretenidas y curiosas como otras, que dias andando dieron nombradía y llaman concurrencia á parajes y congresos de hombres donde se ventilan puntos de harto más grave consecuencia.

Eso pasó el domingo de que venimos diciendo.

Enredáronse en disputa ambos areópagos, disparándose sus argumentos y réplicas de una á otra banda, á propósito de una jugada turbia, aunque sin abandonar su puesto, y ménos salir á la arena, embarazando la accion y el libre correr y bracear de los jugadores. Ya de acalorados y confusos se entendian poco, cuando á poner colmo al barullo borrando al oido toda frase y todo concepto vinieron las campanas de San Francisco volteando con su alegre desórden, anuncio de fiestas de regocijo y accion de gracias.

Es necesario haber oido el clamor de aquellas tres campanas, concertadas en los tonos respectivos de bajo profundo, tenor y tiple sfogatto, para estimar la cruda algarabía que arman, cuando manos de chicos rebeldes ó profanos á todas las leyes del contrapunto y la armonía las hacen girar *ad libitum* sobre los muñones engarzados en las piedras de la espadaña. Tal fué, que aplacó la verbosa hostilidad de ambos grupos contendientes; sentáronse de nuevo, y el diálogo, replegándose con las huestes, continuó entre los jueces de cada parte, y á poco varió de asunto.

—Chomin, decia el alguacil al hortelano, tú, [illegible] vecino, debes saberlo; ¿á qué santo repican los fra[illegible] que no hay demonios que se entiendan?

—No sé, respondia con sorna el hortelano, quitando la pipa de su boca y escupiendo á gran distan[illegible] hoy campanas, ayer gritos; ¿qué sé yo?

—¿Gritos? repuso el alguacil ya curioso; cuenta; ¿qué gritos fueron esos?

—Nada, continuó el vizcaino; anoche dormí[illegible] estaba, y el perro ladrar y ladrar, hasta que [illegible] perló; entónses como hácia el convento ¡ay! ¡[illegible] oyendo estuve, y luégo ya callaron: algun novicio [illegible] bre que no le ha sabido la lesion y asotar; así [illegible] otras veses.

—Vamos, dijo el sombrerero, cuya autoridad [illegible] fueros de hombre perspicaz y enterado no podian [illegible] fesarse ignorantes de un suceso, ó faltos de exp[illegible] cion del que por vez primera relatar oia: vamos, presumo lo que ha sido; habria *Miserere* en la [illegible] cera Orden, y se la habrán jugado á algun fra[illegible]

—¡Quiá, replicó el hortelano meneando la cabe[illegible] ¿jugar? Fuerte, fuerte gritaban; no eran fun[illegible] aquello.

—Te digo que era alguna broma: ¿sabes la que hicieron en cierta ocasion á *monsiú Doyamber*?

—¿Doyamber? ¿Doyamber? De oidas tengo, [illegible] no acuerdo ahora.

—Pues musiú Doyamber, continuó el alguacil, [illegible] un marino francés que de continuo estaba en [illegible] puerto con su barco, y era hombre muy campe[illegible] y que se rozaba con lo mejor del pueblo.—Un d[illegible] hablaba entre amigos de la Venerable (1) de sus [illegible] tas y de la disciplina que se dan los terceros en ci[illegible] épocas y festividades del año. El francés hacia [illegible] de todo; ya sabes que los de su nacion son gente [illegible] muy sagaces, de todo entienden, pero no cree[illegible] nada ni tienen religion: se reia, se reia, pero n[illegible] los clavos de Cristo confesaba que hombres á que[illegible] conocia y trataba se encerrasen por pura devo[illegible] para sajarse las cárnes á latigazos.—Decia que s[illegible] no quizás lo hiciera por fanatismo; que los otros [illegible] gaban en las paredes ó en los bancos para qu[illegible] azote sonase, pero ya se guardarian de darse en[illegible] espaldas: parece que de ahí tomó pié para escarn[illegible] á los españoles y sus devociones y sus novenas,—l[illegible] lo que dicen otros de su ley, que no valemos mas[illegible] para rezar y correr toros.—Ello fué que dos cab[illegible] ros mozos de los que habia en la reunion, de [illegible] que tienen siempre muy alto el puntillo de la ho[illegible] y hacen bien, porque el que no quiere á su he[illegible] consiente que se la ultraje, no quiere á su madr[illegible] teme á Dios, le ofrecieron que si tan firmes era[illegible] dudas, podia ponerlas á prueba asistiendo á la Te[illegible] ra Orden y viendo por sus ojos aquello que no c[illegible]

—Aceptó el francés de contado. Dejóse guiar [illegible] Orden Tercera, donde sus amigos le colocaron [illegible] dos hermanos de los que parecian más fervoro[illegible] absorbidos, con la cabeza baja y los brazos cruz[illegible] sin responder al padre espiritual que rezaba pó[illegible] lante.—Ya tú sabes qué oscuro está aquello en [illegible] noches, que vamos, á cualquiera le asusta un p[illegible] y te acordarás que acabado el Miserere se ap[illegible] las dos velas y queda todo tenebroso como boca [illegible] lobo, y entónces empieza la disciplina;—pues [illegible] el hermano sacristan sopló la segunda luz, y ántes que el francés oyera lo que tanto deseaba, el ru[illegible] de las correas sobre los lomos de los españoles [illegible] cayeron encima de los suyos los dos zurriagazos [illegible] jor asestados que pudo soñar en su vida; y con [illegible] que no fueron los únicos, y que ántes de que [illegible] incrédulo hallase puerta por donde escapar del [illegible] pateo, le habian batido el cuero á sabor sus ami[illegible]

El vizcaino pagaba con recias carcajadas la n[illegible] cion del alguacil, y casi no ponia atencion en los [illegible] y venidas de la pelota.

—Pues algo parecido, siguió su interlocutor, [illegible] lo que oiste anoche, porque lo que es gemir, no [illegible] tán ahora los padres para llantos; mejor estarían [illegible] alegrías. ¿Sabes lo que pasa?

—No sé.

—Pues les ha venido de Méjico un hermano de [illegible] sé qué convento, que les ha traido un caudal.

—Ené, no sabia...

—Nadie sabe cuánto es; millones.

—¿Todo para ellos?

—Para ellos será, porque si no, hubiera ido á [illegible] embarcar en otra parte. Me ha dicho el que vi[illegible] cartas de á bordo, que perdió la cuenta de las ta[illegible] que eran.

Efectivamente; esta llegada de oro mejicano [illegible] tan de nuevas cogia al hortelano, habia entre[illegible]

(1) Con este epíteto se conoce vulgarmente entre herm[illegible] la Orden Tercera francisca.

aquellos dias la conversacion entre los comerciantes de la ciudad, atentos siempre á cuanto es movimiento de caudales, á calcular su importancia, operaciones posibles, interés de ellos, y á ponderarlo ó relajarlo todo conforme á la utilidad que puede traer al vecino y émulo, ó conforme al efecto que suponen ó esperan de su opinion circulada por agentes ó corredores como muestra de género ú oferta de cambio negociable. Por supuesto que los más impacientes, tomando por lo más corto, se llegaron al convento á visitar al fraile viajero para pedirle nuevas de amigos ó deudos establecidos en aquellas partes de América de donde venia; pero el viajero se habia encerrado: estaba en ejercicios para dar gracias á Dios por su feliz travesía. Aquí se estrelló la curiosidad de los primeros dias: pasados éstos, el primero que más tenaz volvió á insistir estimando cumplido ya el tiempo de retiro, oyó de boca de los legos que le recibieron, que el padre mejicano habia salido á cumplir otras mandas que traia para conventos del interior de Castilla.

No tardaron en entibiar este primer fuego asuntos de mayor momento: y como suele acontecer, al cabo de meses el cuento de la venida del fraile ultramarino y su riqueza pasó á ser fantástica leyenda admitida por estos, negada por aquellos. De la riqueza especialmente se juzgaba con variedad, estimándola unos por superior á todo cálculo, teniéndola otros por fabulosa y ninguna.

Así corriendo el tiempo como acostumbra, llegó el año octavo de la centúria que vamos viviendo, y aquel período climatérico, que en sus primeros meses todos los años tienen, de dias ya crecidos, cielo variable, elementos en asueto y tempestades frecuentes.—Una de éstas rompió con tal furia cierta noche, que desveló á cuantos en la ciudad dormian, y no quedó cabo de cera amarilla procedente del tenebrario de la última semana grande sin encender, ni estampa de Santa Bárbara chica ó grande en quien no se clavaran ojos angustiados, ni sugeto pusilánime ó nervioso que no embozara su cabeza en las frazadas de la cama para no ver la claridad siniestra que los relámpagos metian por las rendijas, ni centinela veterano á quien no temblase el bigote, que nunca habia temblado en el Pirineo á pesar del frio de las escarchas y del que podia causar ver á un paso y apuntadas al pecho las bayonetas de los republicanos franceses.

Llovia y ventaba sin duelo: tan desesperadas y roncas venian las ráfagas del vendaval á descolgarse por las chimeneas abajo, que dentro de las casas apenas se distinguia el fragor del viento del fragor del trueno; pero entre el sonido espeso y duro del agua en las piedras, se percibia menudear á intervalos otro más seco de cuerpo más duro y recogido, que todos tomaban, y tomaban bien, por el que hacian las tejas levantadas de su asiento y caidas á la calle despues de probar á volar desairada y perezosamente.

Este ruido mantenia dentro de su casa al alguacil, impaciente por salir, pero moderado su impulso por el recelo de que puesto en la calle cualquiera de aquellas tejas volanderas tropezase con él ántes de llegar al suelo.—¡Impaciencia! ¡Quién no la tendria en noche tan cruda, ocasionada á tantos sucesos extraordinarios en mar y en tierra, rica sin duda en acasos y desgracias; noche en que, al decir del curioso y hablador ministro, «las campanas se tocaban solas»!—Ni en su casa ni en las vecinas acaecia cosa notable,—porque ya de vez en cuando, y á pesar de los ruegos y resistencia de su mujer y una hija que tenia, abria los postigos y sacaba la nariz al raso, volviéndose á ocultar sin haber visto nada y empapado por algun rocion de las extraviadas canales;—pero en otras acaeceria, á no dudar, y allí estaria quien lo viera, y á la mañana siguiente lo contara, y al llegar á los círculos de la plaza ó del muelle, él, tan acreditado de noticiero y portador de cosas por nadie ántes sabidas, veriase agoviado por un tropel de narradores, á cuyos relatos crecidos y copiosos no tendria el más mísero sucedido que oponer.

Ni le consolaba la idea de que puesto el caso de acaecer en su propia vecindad ó domicilio suceso notable, pudiera ser único y primero á referirlo: pues en el estrépito del aguacero no dejaba de oirse tal cual paso de transeunte ménos medroso, pero no tan ignorante ni despreciador del riesgo corrido, que dejase de realzar y poner en punto lo atrevido y desusado de su paseo y aventura, con algun silbo descomunal ó bestial alarido, que realzaba el pavor de chiquillos y mujeres estremeciendo sus nervios.

Tantos y tan encontrados pensamientos calentaron la sangre del sombrerero y acrecieron su corazon. Remetióse en la cabeza una de sus obras con que la habia cubierto, pisando de plano en la copa con la palma; alcanzó de un rincon un corpulento paraguas, y con voz llena y animosa gritó á la muchacha:—¡alúmbrame!

Mas apenas habia puesto la mano en el postillo de la puerta, cuando un estruendo pavoroso y largo, superior á los oidos ántes, estremeció la casa, hizo sonar las vidrieras, y ladeó la corona de plomo sobre la cabeza del San Antonio de barro, obra de alfarero malacitano, adorno principal y perspicuo de la sala del sombrerero. Todos se miraron inmóviles; las mujeres se santiguaron, comenzando á rezar, y el aventurero sintió súbitamente desmayado el corazon y todo su ánimo en tierra.

No era de extrañar, porque á tal hora todos los habitantes de la ciudad y su contorno padecian igual paralizacion de la voluntad y del movimiento.—Tan estupendo habia sido el trueno.—Los más serenos y acostumbrados á oir el estallido del rayo en estas y otras comarcas, repuestos del primer asombro, vaticinaron que tan recio estruendo anunciaba con certeza la caida de una centella en paraje cercano.—Así era, en efecto: una exhalacion celeste habia caido sobre el torreon de San Francisco y desbaratado su mampostería;—suceso inaudito en vida del alguacil, y que el alguacil no presenciaba, ni era del número de los primeros que se llegaban á curiosear el fulminado edificio y su estrago.

A la mañana siguiente, pudieron más el cansancio de la trasnochada, la postracion causada por el espanto y el cavilar, ayudando al peso de los años, que comenzaba á rendir al alguacil; pudieron más, digo, que su curiosidad, y no madrugó lo que habia pensado ni mucho ménos: tanto, que cuando se vieron con él mujer é hija, á boca llena le dispararon la noticia, ya corrida por la ciudad y llegada á los últimos rincones y á las más altas viviendas de sus casas, que son talludas.

Ahora ya no tuvo paz el hombre: súbitamente se acordó del hortelano, su amigo, ocurriéndole que por la huerta era facilísimo el acceso á la parte lastimada del convento, y ponerse á punto y pormenor de la ruina;—pensado lo cual pronto estuvo en la calle, y siguiéndola sin cuidar de los vecinos y sus «buenos dias, maestro,» á pocos pasos dió con una de las puertas de la muralla, y saliendo por ella, volviendo á su derecha se halló frontero y en presencia de la casa francisca.

Considerable gentío se amontonaba á sus cercanías, y delante del portal y sus rejas paraba una compañía de soldados. Guió el alguacil hácia la casilla de su amigo, y la halló cerrada: dijéronle que el hortelano habia sido llamado por la justicia; llegóse á lo largo de la cerca, y por encima de un pomposo saúco que ya retoñaba, vió alzarse el recio torreon, sino al parecer y bueno, fuera de que una parte del tejado parecia desbaratada, y sobre él albañiles puestos con presteza á remediar el daño. Imposible era acercarse más; donde lo consentian las paredes lo estorbaban centinelas.

—¿Qué pasa, qué ha sucedido? dijo entónces el alguacil azorado á los concurrentes próximos, entre los cuales halló necesariamente no ya conocidos,—todos en la poblacion lo eran,—mas amigos íntimos y de trato diario.

—¿No lo sabe usted, maestro? contestó extrañado alguno; pues nada, que cuando han venido los albañiles á gobernar las cañerías rotas por el rayo, se han hallado en la cloaca pedazos de un hombre.

—¡Qué pedazos! interrumpió otro: huesos, huesos es lo que ha parecido.

—Huesos ó pedazos, tanto da, repuso el primero un poco amostazado; á mí me dijeron pedazos. ¿Tú has visto que eran huesos? Pues yo tampoco.

—¿Y quién es el muerto? ¿le han conocido? interrogó con afan el alguacil.

—¿Usted se acuerda, dijo metiendo la suya un tercero de los circunstantes, de aquel fraile que vino de Méjico, que dijeron que sí traia, si no traia, yo no sé qué dineros?

—Sí; ¿y qué?

—Toma, que se acordará usted tambien de que nadie vió al tal fraile despues que entró aquí, ni se supo qué habia sido de él ni de sus caudales.

—Sí, hombre, sí, replicó impaciente el alguacil: marchó á Castilla, á visitar otros conventos, que traia un potosí para repartir de mandas y limosnas de españoles de allá.

—Bueno. Usted dirá eso; pero bien sabe usted que se dijo,—y aquí bajó la voz el que hablaba y se le arrimaron todos para oir mejor,—que los de acá se querian quedar con el santo y la limosna, y al mandadero le tenian emparedado ó cosa parecida.

—Calla, calla; no blasfemes, dijo el sombrerero.

—Pues á bien, continuó tenazmente el otro, que alguno de la justicia se acordó de que el hortelano de esta—y señaló la huerta—dijo si habia oido, si no habia oido voces una noche, allá á poco de la llegada del fraile, y por eso le han llamado á declarar; y á saber si le costará cárcel ú otra pena mayor, por no haber hablado primero y con quien debia.

En diálogos parecidos á éste jugaban diversamente interpretados los incidentes referidos.—La imaginacion del pueblo, fogosa siempre, los aceptaba á los descomedia; los hilbanaba para armazon y traza de un drama sangriento, ó los dispersaba y escudia tachándolos de impostura y traza de enemigos; pero de ellos hacia sabrosa comidilla, y continuaron haciéndola los vecinos todos de la ciudad.

El dia pasó; recogiéronse á su alojamiento, seguidos como de costumbre por gente menuda y granada, los soldados, entre cuyos uniformes pareció á lo largo de las calles el sayal franciscano; diseminóse el trapel que cercaba el convento, y con él se diseminaron las habilillas, rumores y pareceres diversos, no para callar y desvanecerse, sino al revés, para medrar y reproducirse sin dejar ángulo donde se abrigase un viviente en que no retoñase el cuento con fresca bujarasca de comentarios y detalles.

Los restos humanos hallados en la cloaca fueron sepultados; pero la Providencia, que por tan singular modo los habia descubierto y publicado, no dejó á la humana curiosidad que penetrase más adelante en lo que ella queria encubrir.—Los ánimos de la ciudad, tan preocupados con lo acaecido en el torreon, fueron pronto heridos por causas de mayor cuantía, que arrançándoles á comunes preocupaciones, los ocuparon en servir y ventilar supremos intereses de la patria.—La patria se alzaba contra el frances; á los campos de batalla de su independencia llamaba á todos, mozos y no mozos, militares y paisanos, eclesiásticos y seglares; para todos habia lugar en las filas apretadas bajo su ultrajada bandera, porque para morir todos servimos. Enflaquecieron los corrillos de ociosos; husmeadores y comineros, cuantos podian con las armas, abrazaron su varonil ejercicio; parecia que, cual voz de inspirado profeta, habian sonado, saliendo misteriosamente de los espacios, los varoniles versos del glorioso Quevedo:

> ¿Con cuánta majestad llena la mano
> la pica, y el mosquete carga el hombre
> del que se atreve á ser buen castellano!

Y todos se atrevieron á serlo;—y sólo se quedaron á murmurar en la ciudad los enflaquecidos por la edad ó por la dolencia.—¿A murmurar?—No: á seguir con el alma á los que marchaban, á vivir de las nuevas que de ellos venian, á mirar con ojos serenos y corazon agitado la nube que se cuajaba sobre el horizonte, los frances difíciles, la sangre y la miseria futuras, el vencimiento dudoso.

Cuando á correr tan terrible suerte se arrojaba la nacion; cuando á un azar ciego y de siniestro augurio ponia su paz, su riqueza, sus campos, sus ciudades y una generacion entera de sus hijos, ¿qué valia un homicidio, qué la inocencia de una comunidad ó su crimen? ¿Qué importaban derecho humano, justicia, vindicta pública, cuando estallaba la guerra, el homicidio colectivo: la guerra, negacion de todo derecho, escarnio de toda razon, ofensa y muerte de toda justicia?

JUAN GARCÍA.

EL CARNAVAL.

No hay para qué decir que dias de Carnaval ó *Carnestolendas*, se llaman los tres últimos que preceden al miércoles de Ceniza, primero de la Cuaresma; pero lo difícil es averiguar la etimología de aquellas dos palabras, que explican de modos bien distintos varios antiguos autores.

De *carnavale*, italiana, quieren unos que traiga su origen la primera; de las dos latinas *caro* y *vale* que significan: *carne, adios!*, dicen otros que se deriva; y del verbo latino *tollo (spitus)* y *carnes*, quieren muchos que proceda la segunda de aquellas, ó sea *Carnestolendas*.

Sea de esto lo que quiera—pues no creemos oportuno escribir, para averiguarlo, una larga é indigesta disertacion filológica—lo cierto es que el Carnaval, celebrado con bulliciosas fiestas de disfraces, data desde época bien remota.

En el Deuteronomio, código de los antiguos hebreos, se prohibe la fiesta de Purimo, instituida por los israelitas á guisa de recuerdo de las asechanzas de Aman; los griegos, en ciertos dias del año, se cubrian el rostro ó se le desfiguraban con pinturas y afeites, y entregábanse despues á groseras demostraciones de alegría; los romanos tenian sus famosas Saturnales,

ALEGORÍA D[illegible]AVAL (pág. 103).

en cuyos dias el esclavo se disfrazaba espléndidamente con los vestidos de su señor.

En la Edad Media, eran renombrados los Carnavales de la opulenta Venecia, la reina del Adriático, de Milan y de Roma: luégo se hicieron famosos los de Paris, con el paseo de *le bœuf gras*; y andando los tiempos, en el reinado de Luis XIV, celebrábanse magníficos bailes de máscaras por los caballeros y damas de la galante corte que presidia aquel fastuoso monarca.

En nuestra España, á los pocos años de la expulsion de los árabes, estaba tan generalizada esta clase de diversiones, y eran tantos los *cabestros y desaguisados* cometidos, que Cárlos I promulgó un decreto, en 1523, prohibiendo que *los hombres y las mujeres anduviesen con disfraces, y tapados el rostro.*

Mas corrieron los dias, y don Agustin Moreto pudo ya decir en una de sus mejores comedias:

«Venid los galanes
á elegir las damas,
que en Carnestolendas
unos se disfrazan.»

Y lo cierto es que en todas las provincias estaba admitida y era bien popular, en la época de Felipe IV, la costumbre de disfrazarse y celebrar espléndidos bailes en los dias de Carnaval; costumbre que hasta cierto punto sancionó el mismo rey en 1637, con motivo de la eleccion del rey de Hungría, hermano político del monarca español, mandando construir, en el Buen-Retiro, un anchuroso teatro de madera, para dar un gran baile de máscaras, el 15 de Febrero, con asistencia de toda la corte.

Durante los reinados de Cárlos II y Felipe V, estuvieron prohibidos los regocijos del Carnaval; pero bien pronto Cárlos III permitiólos, y hasta dió una pragmática en 1767, para el mejor órden de los bailes de máscaras.

Fernando VII volvió á prohibirlos en público, y mandó que únicamente en las casas se solazaran las gentes disfrazándose, *como fué siempre costumbre en Carnestolendas*; pero durante la regencia de doña María Cristina se revocó la órden del citado monarca, y las máscaras aparecieron de nuevo con todo su bullicio y alegría.

Desde entónces, esta costumbre popular no se ha debilitado; por el contrario, va en aumento, si así puede decirse.

En Madrid, por lo ménos, todas las clases de la sociedad toman parte en la algazara carnavalesca, y las festivas *estudiantinas*, ú otras comparsas ridículas, se ven en el Prado de San Jerónimo, en los dias de Carnaval, al lado de la elegante carretela que, tirada por briosos corceles, vistosamente enjaezados, conduce hermosas y aristocráticas damas, disfrazadas con ricos y caprichosos trajes.

El miércoles de Ceniza, aun despues del lúgubre y filosófico *Memento homo*, tiene lugar, en la pradera del Canal, el famoso *entierro de la sardina*,—que sirve de pretexto á los alegres madrileños para prolongar un dia más las animadas fiestas.

Nuestro grabado de las páginas 104 y 105 retrata fielmente los principales episodios que suelen ocurrir en tal época: es, por decirlo así, una fotografía del Carnaval en Madrid, y creemos que agradará á los benévolos suscritores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA.

UN ESCRITO INÉDITO DE D. ALBERTO LISTA.

(CONCLUSION.)

DE LOS LIBROS DE CABALLERÍA.

La noticia de las fábulas y libros caballerescos, como ya hemos dicho, es más importante en el dia, así para los lectores nacionales como para los extranjeros, que en el tiempo mismo en que se escribió el *Quijote*. Entónces eran conocidas y vulgares dichas obras, y nadie podia desconocer el espíritu del libro que acabó con ellas. Así apenas se encuentran sino en la biblioteca de algun curioso; y como son muy pocas las que merecen el honor de la reimpresion, es verosímil que desaparezcan enteramente: en cuyo caso no seria muy fácil formar idea del mónstruo que aterró Cervantes, á no conservarse tantas señales y circunstancias de él en las notas de su erudito comentador. En ellas se dá un completo conocimiento de la literatura caballeresca: se manifiesta el genio satírico del autor del *Quijote*, que transformó en sucesos triviales y risibles los portentos de aquellos libros, y se compone el trofeo de la victoria de Cervantes, contando los enemigos que venció.

Tomo II, página 84. Las demás notas del señor Clemencin probarán la vasta lectura y exquisito discernimiento de este sabio escritor: pero ésta, publicada en Noviembre de 1833, y que trata de la *Peña pobre* en que hizo penitencia Amadis de Gaula, prueba la bondad de su alma y la generosidad de sus sentimientos. Despues de haber mostrado, á favor de conjeturas muy felices, que la Peña pobre de Bellenebros estaba situada en Francia en la playa del mar hácia los confines de Bretaña y Normandía, añade: «*Cuando esto se escribe, se hallan haciendo penitencia por las inundaciones de la Peña pobre algunas desgraciadas aventureras, desheredadas de su señora: ¿se reconciliarán con ella como Amadis con Oriana?*» Esta reflexion á favor de los emigrados españoles de aquella época, honra mucho el carácter del señor Clemencin, á cuyos ojos era siempre respetable el infortunio.

Tomo V, página 31. Se hace mencion de las gigantas y jayanas que figuran en la mitología andantesca.

Tomo V, página 44. Se refiere la historia de don Gaiferos y Melisendra, representada en el retablo de Maese Pedro. El señor Clemencin confiesa con ingenuidad, que no puede satisfacer la curiosidad de los lectores (curiosidad que tambien he tenido yo, aunque inútilmente), acerca del origen del nombre *Saragoça* con que se designa á Zaragoza en este pasaje del *Quijote*, y se contenta con hacer una observacion muy oportuna, y es que los libros de caballería, aunque suponen que Saragoça estaba en tierra de moros, no traen seña alguna de la cual se deduzca que esta ciudad fué la misma que Zaragoza. ¿Seria quizá Sangüesa, con cuyo nombre tiene más analogía que con el de la capital de Aragon?

Tomo V, página 48. Con orasion del mismo retablo, hace la historia de la famosa espada de Roldan, llamada Durindana; de la Joyosa de Carlo-Magno, y de otras muchas célebres en los libros de caballería.

Tomo V, páginas 93 y 95. Refiérese un gran número de fábulas andantescas, en las cuales reciben los caballeros auxilio en sus cuitas, socorriéndolos otro caballero arrebatado en una nube ó llevado en un buque. Ambas notas son relativas á la aventura del barco encantado.

Tomo V, página 108. En el final de dicha aventura, con motivo de la teoría de Don Quijote, acerca de la pugna y encuentro de los encantadores, refiere el comentador varios pasajes de estos certámenes nigrománticos.

Tomo V, páginas 120 y 271. Explican las fórmulas y pormenores de la urbanidad entre los caballeros andantes, los príncipes y las damas, descritos con suma pesadez en los libros de caballería, y que Cervantes ridiculiza imitándolas festivamente.

Tomo V, páginas 124, 174, 211, 215, 383, 329, 404, 428. Desde que Don Quijote entró en el castillo del Duque, establecida la hipótesis de que este magnate y su esposa quisieron divertirse á costa del loco, remedando las escenas de los caballeros andantes, es indudable que pudieron imitarlas, merced á su opulencia, con la verosimilitud necesaria para que las creyese ciertas un loco. El comentador explica estas imitaciones por pasajes semejantes de la andante caballería. Así quedan completamente ilustradas la aventura del bosque despues de la caza, la del caballo *clavileño*, la de las ínsulas citadas en la geografía caballeresca. El señor Clemencin habla del empeño de muchos eruditos en fijar el lugar donde estuvo la *Barataria*: empeño que prueba el grande interés que inspira el libro del ingenioso hidalgo, pues se ha querido averiguar hasta el sitio que señaló por escena á sus ficciones, y en que quizá no pensó el mismo autor.

DEL LENGUAJE.

El señor Clemencin, comparando la lengua castellana como se halla en el dia, con lo que era en tiempo de Cervantes, hace observaciones muy útiles, y señala todas las locuciones del *Quijote* que ya no admite el idioma. Este trabajo me parece muy importante y de sumo mérito: pero ha de tenerse presente, que *no se puede ni debe juzgar á Cervantes en materia de elocucion, como se juzgaria á un escritor de nuestro siglo, cuando está ya la lengua completamente formada.*

En efecto, las observaciones del comentador, lo más que prueban es, que ciertas locuciones del autor del *Quijote* no pueden usarse en el dia: mas no que Cervantes hizo mal en usarlas en su tiempo. Es un privilegio del genio enriquecer el idioma que le sirve de instrumento para sus producciones; y Cervantes usó ampliamente de este fuero. Pocos escritores han dado más giros y locuciones nuevas á su lengua, y él fué quien la dotó del carácter de flexibilidad que la distingue.

De las frases inventadas por Cervantes en una época en que era lícito hacerlo, por no haberse aun fijado filosóficamente las reglas ni los límites de la sintáxis figurada, muchas han sido recibidas en el tesoro de la lengua: otras no. Y el uso, que es la suprema ley de los idiomas, ha hecho que estas últimas no se puedan ya introducir. Pero el mismo uso pudo haberlas introducido, y en este caso fueran en la actualidad castizas. Bajo este aspecto deben considerarse los neologismos que se hallan en el *Quijote*, y que la lengua no ha querido conservar.

Tomo III, página 15. Habla del género neutro, y prueba su existencia en nuestro idioma con numerosos ejemplos.

Tomo III, página 271. Explica la naturaleza del asonante, cadencia exclusiva de nuestra poesía, y sus diferentes especies, segun intervienen en las últimas sílabas vocales simples, esdrújulos ó diptongos.

Tomo V, página 131. El gracioso diálogo entre Sancho Panza y la dueña Doña Rodríguez, proporciona al señor Clemencin oportuna ocasion de explicar lo que nuestros antepasados entendian por *dar una higa*; resto de la antigua supersticion del *fico* egipcio, que se miraba como preservativo contra el aojo.

Tomo V, página 278. Trata de la redondilla, de la décima, de las glosas y de otras composiciones en verso de ocho sílabas, que era el más general entre nuestros poetas ántes de la introduccion del endecasílabo y eptasílabo italianos. Toca tambien, aunque de paso, la célebre disputa entre los defensores y los enemigos del metro toscano, y la decide como en nuestro entender debe decidirse: pues el verso de ocho sílabas, ni tiene la cesura ni el movimiento, ya rápido, ya majestuoso del endecasílabo para las composiciones graves y sublimes.

Tomo V, página 386. Esta nota sobre el romance es una de las más eruditas y bien trabajadas. Dejando indecisa la cuestion acerca del orígen del romance español, aunque parece que se inclina á la opinion de los señores Conde y Moratin, que miraron el verso castellano de ocho sílabas como hijo del hemistiquio árabe, pasa el señor Clemencin á examinar la época en que se escribieron los más antiguos que hoy conocemos, y la fija con suma sagacidad, deduciéndola ya del lenguaje y estilo con que están escritos, ya de los sucesos á que en ellos se hace alusion. Esta parte de la nota es en la que campea más la crítica y erudicion del comentador.

En este mismo tomo hay dos frases de Cervantes (página 3), *palabras y razones le dijo Sancho que merecian molerle á palos, y doy por bien empleadísima la jornada*, que prueba lo que ya hemos dicho acerca de los giros inventados por el autor del *Quijote*. La lengua ha rechazado estas dos locuciones, la primera por sobradamente elíptica, y la segunda porque el grado superlativo recae sobre el epíteto y no sobre el adverbio: mas si hubiesen sido admitidas, como pudo suceder, porque las ideas están muy claramente expresadas, no hay duda que no nos atreveríamos hoy á censurarlas.

Tomo VI, página 169. Trata de la declinacion del pronombre personal castellano de tercera persona *él, ella, ello*. El señor Clemencin cita ejemplos de los padres de la lengua, en los cuales se encuentran anomalías más raras que la duplicidad del acusativo masculino *le, lo*, y la del dativo femenino *la, le, las, les*, pues se encuentra *el* por *lo*, *lo* por *la* y *lo* por el nominativo: *los* por *les* en dativo, *le* por *lo* en acusativo. Aunque estas irregularidades van desapareciendo quedan todavía las primeras; y sólo se puede señalar como uso de los mejores escritores el pronombre *lo* en acusativo masculino cuando se trata de cosas inanimadas, y el empleo promiscuo del *le* y del *lo* cuando se trata de animadas. En cosas relativas al uso, mientras éste no se fije, es imposible establecer una ley, como han emprendido algunos; si bien con más presuncion que buen éxito.

Tomo VI, página 188. Establece el principio de que en nuestro idioma, dos negaciones, en lugar de afirmar, confirman la negacion; y lo prueba con numerosos ejemplos de Cervantes y de otros escritores, y con la autoridad del autor del *Diálogo de las lenguas*. Mas no por eso deja de citar ejemplos en contrario, y hacer curiosas observaciones sobre el uso de las partículas negativas. Muchas veces las usa Cervantes en frases afirmativas; como éstas: *más locos fueran que no él: con el miedo de no ser hallados: faltó poco para no salirme por las calles*. En fin, otras veces omite la negacion en frases negativas: *en toda su vida ha visto letra mia*.

Tomo VI, página 288 y siguientes. Censura el poco aprecio que manifiesta Cervantes á las traducciones hechas de idiomas fáciles, contradiciéndolo los elogios que él mismo dá á la traduccion del *Amadis* y del

Pastor Fido, por Jáuregui y Suarez de Figueroa. Todas las notas relativas á esta materia contienen muy escogida erudicion, y prueban el gusto correcto del señor Clemencin en literatura.

Tomo VI, página 384. Se enumeran las transposiciones que hay en el *Quijote*, y que ya no admite el uso comun de la lengua.

Muchas notas he citado del comentario; pero se engañaria mucho el que creyese que he podido comprender en este breve escrito todas las que merecen particular atencion; porque para esto hubiera sido necesario citar quizá el comentario entero. Me he contentado, pues, con recordar las que ofreciendo mayor interés ó histórico, ó literario, ó de curiosidad, me han parecido más á propósito para que se forme idea exacta de la inmensa y bien digerida erudicion, de la crítica y del buen gusto del comentador del *Quijote*.

Me atrevo á decir que así como Cervantes procuró ingerir en su novela satírica cuanto sabia en moral y literatura, así el señor Clemencin en su Comentario ha hecho alarde, y siempre oportunamente, á imitacion del autor que comenta, del inmenso tesoro filológico que poseia, distribuyéndolo en sus notas con filosofía y en excelente lenguaje. Concluiré, pues, asegurando que en mi entender el Comentario del *Quijote* no sólo es una obra escogida de erudicion y de literatura, sino el mejor monumento que ha podido erigirse á la gloria inmortal de Cervantes.

ALBERTO LISTA.

TUMULTOS EN BARCELONA.

Consumada la revolucion de 1868, ni una sola de las juntas populares que se instalaron en las capitales de provincias dejó de escribir en su programa la abolicion del impuesto sobre los consumos, ni tampoco uno solo de los aspirantes á diputados constituyentes se olvidó de prometerlo á sus electores.

Abolieron de hecho el citado impuesto los municipios, no cuidándose de arbitrar recursos para cubrir el déficit que semejante abolicion debia ocasionar en los ingresos, por más que el gobierno se prometiese y prometiera á aquellos riquezas fabulosas, ya con la célebre contribucion personal, ya con la no ménos célebre sobre las cédulas de vecindad,—contribuciones ambas que, si parecian bien á los ministros de Hacienda que las inventaron, fueron consideradas por los pueblos como más odiosas que la abolida, y lo eran ciertamente.

Resultados: que el déficit iba en aumento: que casi todos los municipios se vieron en la triste necesidad de desatender sus obligaciones más perentorias, y que en no pocos empezó á mostrarse la faz descarnada y asquerosa de una repugnante bancarota,—á pesar de los cuantiosos empréstitos que algunos realizaron.

El gobierno, en fin, autorizó luégo á los ayuntamientos para establecer un arbitrio sobre los artículos de comer, beber y arder, y claro está que resucitaron los abolidos consumos.

En todas partes, incluso en Madrid, aparecieron, y las gentes se resignaron humildemente á pagarlos.

Pero no sucedió lo mismo en Barcelona.

En la noche del 30 próximo pasado, se presentaron grupos en actitud sediciosa; profirieron gritos subversivos; incendiaron algunas casillas donde se efectuaba la recaudacion del impuesto, y las cosas ofrecian gravedad.

«La fuerza pública—dice el parte oficial—quiso disolverlas y despejar la plaza de San Jaime (donde estaban aquellos), á lo cual contestaron los revoltosos haciendo fuego: entónces la fuerza pública hizo una descarga sobre los amotinados, resultando dos muertos y varios heridos—con lo cual se dispersaron y huyeron por las calles contiguas.»

Estos sucesos, referidos largamente por la prensa periódica, son los que han motivado la lámina de la página primera de este número, que representa, como se observará, el incendio de una de las casillas ó fielatos, no siendo necesarios detalles de otra índole.

AGRICULTURA MODERNA.

¡Admirable y bienhechora química! Con ser una ciencia, que casi hemos visto los presentes nacer, desarrollarse y llegar á grande altura, la deben las ciencias antiguas infinitos principios esenciales, con que se han enriquecido y sublimado. Ya las artes y las industrias todas habian traducido los hechos químicos en aplicaciones portentosas con que el hombre se nutria y curaba, y de que ha sacado combinaciones, que todas las clases sociales utilizan en goces confortables, en esparcimientos multiplices y en fantásticos caprichos, dando ocupacion á los artistas y pábulo al comercio. La medicina, sobre todo, se ha puesto en el verdadero camino, merced á la química viviente, y la agricultura ha llegado á asentar sus bases cardinales analizando la constitucion de los terrenos laborables, y penetrando en el nutrimento de las plantas que en ellos vegetan.

Sábios alemanes y de otros pueblos cultos han hecho de la química aplicaciones tales á la industria agrícola, que sin sus principios es ya imposible dar paso seguro en el buen cultivo, ni restaurar en los suelos agotados la fertilidad que les robara una explotacion rutinaria ó ciega. Algunos profesores españoles que siguen con entusiasmo ese movimiento científico, se han apresurado á darlo á conocer en nuestro país, donde no son pocos ya los convencidos de la imprescindible necesidad de fijarse en tales hechos y doctrinas, si hemos de sacar á nuestra agricultura de la languidez en que yace generalmente, por más que en determinadas y privilegiadas comarcas nada tenga que envidiar á los más adelantados.

Entre las útiles publicaciones que la agricultura española debe al incansable é inteligente catedrático de química general en la Universidad de Madrid, mi buen amigo don Ramon Torres Muñoz de Luna, ha dado á luz hace pocos meses un curioso opúsculo, que ha tenido la bondad de dedicarme, en el cual, amén de los *principios fundamentales* de la agricultura moderna, por el baron de Liebig, ha dado á conocer á nuestros cosecheros de vinos los excelentes *preceptos generales* del recien finado anciano Lecanu para la buena vinificacion. No excede el folleto de 95 páginas, en 8.°, pero encierra sana doctrina y provechosas advertencias, al alcance de la clase agrícola, que no dejarán de irse infiltrando en el ánimo de los propietarios territoriales y de los meros cultivadores.

El propósito del autor, años há iniciado, se puede sintetizar en dos aspiraciones: 1.ª, que los agricultores conozcan las causas verdaderas del atraso del cultivo en España y de sus escasos rendimientos; y 2.ª, que en virtud de tal convencimiento, se reunan en una asociacion, ateneo ó círculo, con un centro en la corte y sucursales en las provincias y partidos, á fin de trabajar unidos en cuanto pueda serles de interés. Que ambos deseos son racionalísimos, aceptables é hijos de una conviccion profunda, se comprende sin esfuerzo: son de aquellas ideas y verdades que admite un espíritu benéfico y patriótico desde la primera enunciacion, encariñándose con ellas cada vez más, segun las va estudiando y aplicando.

Por empirismo, desde los tiempos remotos, y por experiencia despues, se ha tenido siempre por seguro entre los prácticos, que aumenta la produccion de las tierras el beneficiarlas con estiércoles y otros géneros de abonos. Y como esto se funda en leyes naturales eternas, le ha sido fácil á la ciencia el explicarlo y evidenciarlo. La materia no varia en cantidad, por mucho que se alteren sus formas. Los cereales, las legumbres y todas las plantas viven de las sustancias que toman de la atmósfera y del suelo; por manera que, repitiendo las siembras y cosechas en un mismo terreno sin abonarle, llega ésle á perder los elementos necesarios para la nutricion de los vegetales allí obtenidos. Cuarenta kilógramos de semilla en sembradura se convierten en ocho ó nueve meses en veinte quintales de mieses y de granos: aumento de materia y de peso, que en su mayor parte se ha robado al suelo. De aquí que los terrenos vírgenes, abundantes de sustancias asimilables, sean muy feraces; que vayan perdiendo la fertilidad á medida que prestan sustancia y no la reciben, y que al cabo de más ó ménos tiempo se desgasten por completo y sean estériles, hasta que despojos ó combinaciones naturales ó una reparacion artificial les restituya los elementos consumidos.

Ahora bien, una gran parte del terreno cultivado en nuestras provincias, ya por su lejanía de las poblaciones, ya por la escasez de ganados y de gente, respecto á la superficie, ya por malas prácticas, falta de rotacion, labores someras, cultivo extensivo y otra porcion de concausas, se encuentra deslabazada y casi infructífera, porque cultivándose siglos y siglos, sin otra reparacion que la mezquina del barbecho, año y vez, ó tres y cuatro hojas, ha llegado á quedar tan pobre de principios nutritivos, que en muchas comarcas únicamente se obtiene de ordinario tres ó cuatro por uno de semilla, y en los años más favorables apenas sale á diez ó doce. Y como en las tierras bien cultivadas y abonadas pueden salir los cereales al veinte, treinta y hasta á ciento por ciento, preciso es confesar que nuestra labranza es en general pobre y raquítica. Los químicos nos han demostrado hasta la evidencia, que de ese empobrecimiento de las tierras depende el grave mal que lamentamos.

¿De qué sirve que en lo que va del presente siglo hayamos duplicado los campos cultivados, desmanjando los montes y roturando las dehesas? A fuerza de resiembros de la misma especie hemos esterilizado el terreno, no hemos establecido casas de campo, y andando jornada diaria para suplirla, hemos sustituido yuntas de mulas á los pares de bueyes, con disminucion del ganado y de los estiércoles.

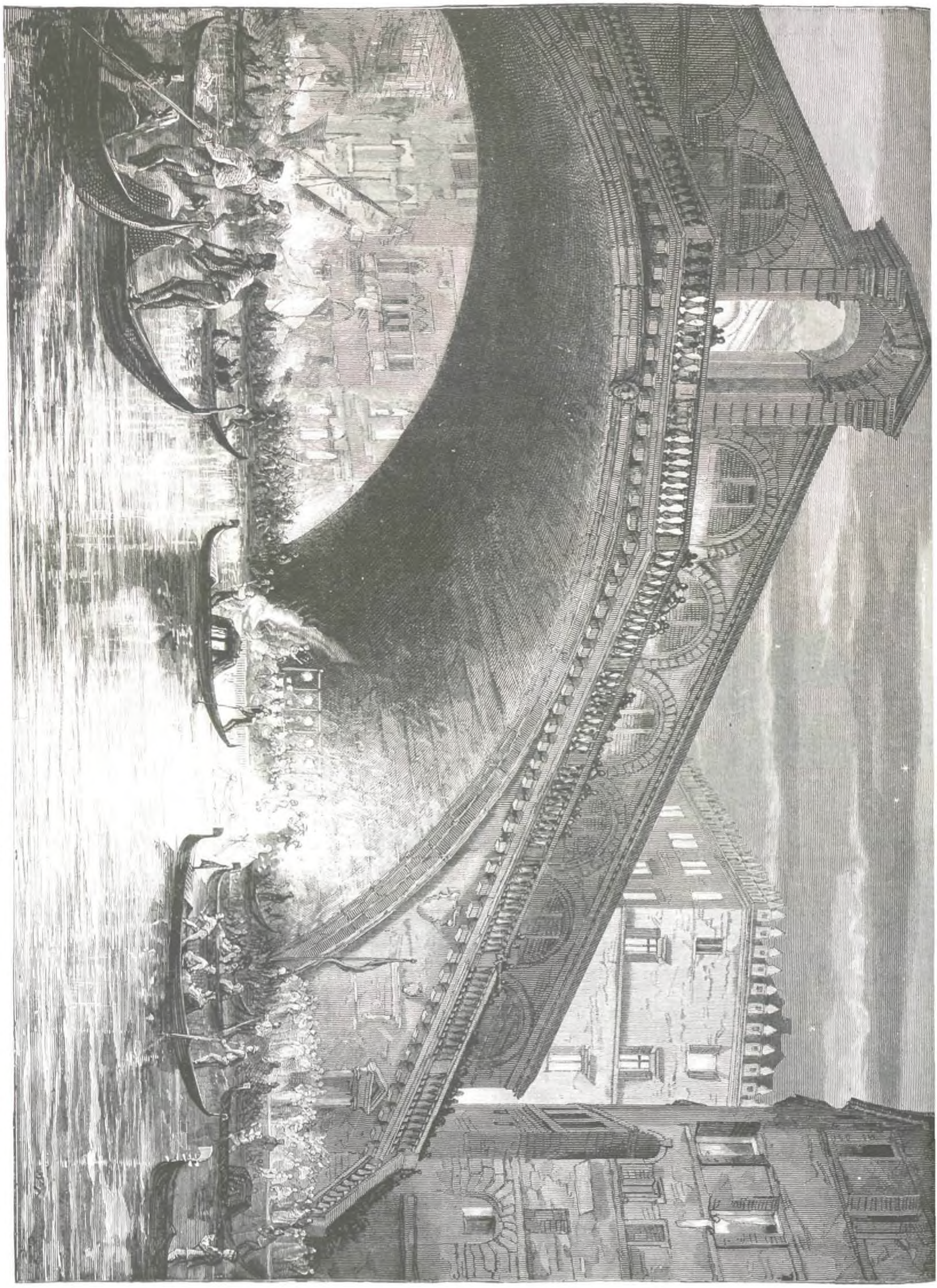
¿Qué importa que la mayoría de nuestra poblacion se consagre á la agricultura, que se haya desamortizado la propiedad raiz y aumentádose el número de propietarios? La seguridad de los frutos no está garantida en métodos de cultivo y en instrumentos agrícolas hemos adelantado poco; y con tanto arar y sembrar, dos años de mala cosecha nos asustan con la carestía, y nos amenazan con el hambre y sus terroríficas consecuencias.

Yo bien creo que un exceso de amor á la patria en que nacemos, en que habitamos y en que hemos de morir, nos ilusiona con excelencias exageradas y no arranca encarecimientos desmedidos: que la península ibérica es esencialmente agricultora por la infinidad de sus comarcas, sus varias altitudes y su latitud media: pero es un hecho experimentado, que generalmente escasean las lluvias en el interior y Mediodía. Esta falta de humedad disminuye en nuestros campos las hierbas y el follaje, siendo imposible suplirla con los riegos en un país erizado y emparrillado de montañas, de ríos escasos de caudal y torrentosos. Fuera del olivo y de la vid, que nos producen el mejor aceite y los más ricos mostos, en lo demás estamos muy por debajo de otras regiones que parecen ménos favorecidas de la naturaleza. Como quiera, lo que no admite duda es que aquí, como en todas partes, la agricultura es el fundamento cardinal de la subsistencia del pueblo, y una de las más sólidas bases en que se funda el desenvolvimiento de todas las riquezas y el bienestar permanente de las naciones.

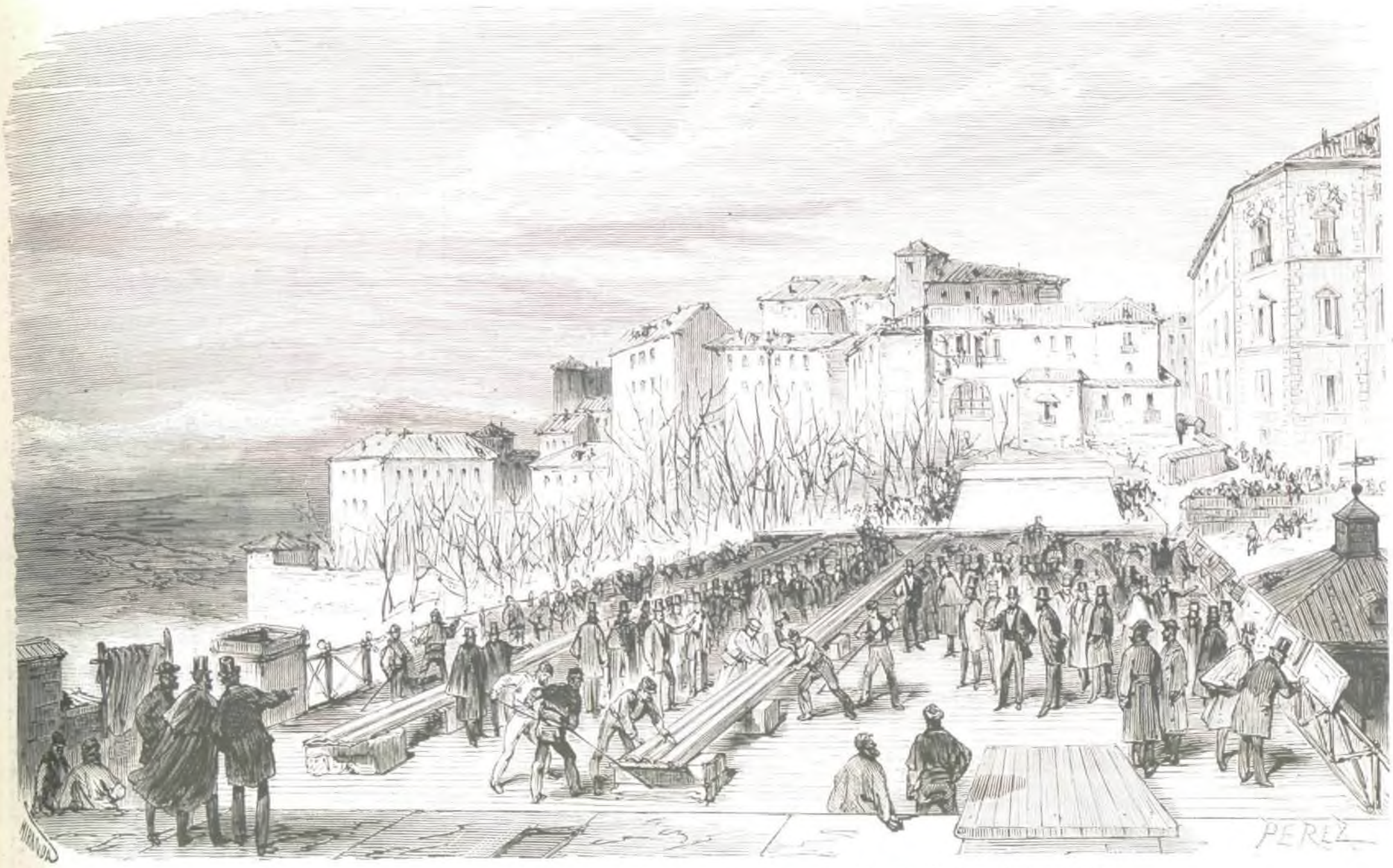
Por eso tienen razon sobrada los químicos, que han aplicado su ciencia y sus vigilias á la industria rural, en llamarnos la atencion hácia el empobrecimiento de nuestros cansados campos, indicándonos medios seguros de reconocer los elementos que les faltan para continuar produciendo cereales, legumbres, postos y otros frutos, y los procedimientos más racionales de restaurarlos, para elevar la produccion agrícola á las proporciones convenientes, y que puedan nuestros frutos concurrir á los mercados de fuera, en competencia con los de otras naciones cultas. Así tambien crecerá la riqueza nacional y nos libraremos en lo posible de esas escaseces peligrosas, que comprometen el bienestar y sosiego públicos con crisis de subsistencias, con hambres y epidemias que diezman la poblacion, que contristan los corazones benéficos y que ocupan y preocupan el poder supremo del Estado. Por eso el señor Muñoz de Luna, émulo de los extranjeros adelantados y español de pura raza, se esfuerza por convencer á los agricultores de lo que tanto les importa, llamando en su ayuda para tan santo fin á cuantos nos interesamos por la clase numerosa y atrasada de cultivadores castellanos.

Como medio de venir á un acuerdo comun y de reunir en un centro los esfuerzos y luces de todos, propone la creacion de un círculo de labradores; y aunque la idea no es nueva, la conveniencia de realizarla con generalidad y solidez es evidente. Cierto que se han establecido sociedades de este género en algunos puntos; el Instituto catalan de San Isidro, la Asociacion agrícola de Valladolid, y algunas otras; mas estos chispazos de lo que por muchas partes se siente son regionales ó locales, y necesitan de cabeza y corazon que regularice el movimiento, que le dé cohesion y vigor para llenar los fines diversos á que aspiran el interés general y los particulares intereses.

Mi recelo de que las circunstancias sociales y políticas sean poco favorables al planteamiento de la idea, no es razon suficiente para que se desista del bien, como quiera que pueda intentarse y ponerse en camino de ejecucion. Uno, pues, mis ruegos y excitaciones á los de mi amigo el catedrático de química, deseando que los propietarios territoriales grandes y pequeños, los colonos y aparceros de cualquiera clase, y cuantos con su inteligencia, sus capitales y sus brazos se ocupan de la produccion agrícola, mediten las bases angulares que propone y sobre ellas se concierten: que si logran salir de la apatía, si reconocen y deponen añejas preocupaciones, y si llegan á entenderse hermanando las sábias teorías con los buenas prácticas, que es el resultado de la verdadera ciencia, quizá al alcanzar su propósito especial consiguiesen



ITALIA.—El Carnaval en Venecia.—Serenata en el Gran Canal (pág. 111).



MADRID.—Colocacion de la primera pieza de hierro del viaducto de la calle de Segovia (pág. 112.)

RUSIA.—Accidente ocurrido al emperador, en una cacería de osos (pág. 112.)

iniciar otro no ménos importante para la patria. La poblacion agrícola es numerosísima, y concertada sobre los principios del trabajo y de la fraternidad, disminuirian en gran manera las discordias que nos consumen, oponiendo un muro inquebrantable á los que locamente se agitan y perturban. ¿Quién es capaz de calcular lo que por estos medios pudiera hacerse para que nuestra nacion recobrase la importancia y prosperidad que en otros tiempos tuvo! La clase labradora no será la más ilustrada y despierta: pero es la que de tiempo inmemorial se ha tenido por la más honrada y pacífica: si hasta aquí ha servido de contrapeso á los empujes violentos, mejor concertada é instruida debe hacer un papel importante en la marcha de la cosa pública. Vea en los que por ella se interesan, que le señalan el más digno derrotero: su interés y su gloria.

FERMIN CABALLERO.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

original

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

CARTA NOVENA.

CARLOS Á MARCELO.

20 de Enero.

No, nunca olvidaré la prueba inmensa de cariño que me has dado, abandonándolo todo, intereses, amor, negocios, para venir á arrancarme del borde de la sima donde me iba á sepultar. ¿Qué suerte hubiera sido la mia unido á aquella odiosa, á aquella repugnante criatura,—que no veia en mi sino al hombre capaz de devolverla su lujo, su boato, sus riquezas, —al hallarse burlada en sus ambiciosas esperanzas?

¡Ay! ¡Yo me creia un hombre sin ilusiones, y al perder esta sentí que áun tenia alguna! Pero ¿realmente fué mi orgullo ó mi corazon los que padecieron con el desencanto? Tú eres la conciencia mia, Marcelo, y á tí no te lo debo ocultar por miserable vergüenza:—fué el primero.—Bien sabes que no amaba á Aurora, mas me satisfacia grandemente creerme amado de ella; preferido á los numerosos rivales que la perseguian y la solicitaban.

¡Insensato! ¡No era á mí á quien ella rendia culto: era al Dios MILLON, simbolizado en mi insignificante persona!

Mi despecho ha igualado á mi disgusto: me he contemplado en el espejo de esa mujer abominable, y me he visto tal cual soy: pequeño, interesado, especulador.

Mi castigo es tan cruel como merecido, y si fuese tiempo aún... Pero no: el ridículo caeria sobre mí terrible, y me mataria. Además, he gastado ya la mejor parte de mi pobre peculio en muebles, en carruajes, en banquetes...

Ayer, animado por una idea súbita, quise volver á mi antigua vida de laboriosidad. Sentéme delante de una mesa de palo santo y bronce: metí los piés en una bolsa de soberbias pieles de marta, mientras enfrente ardia un gran fuego de leña en la chimenea: tomé la pluma y comencé á escribir.

La inspiracion, caprichosa como mujer, no quiso acudir, ó vino tarde. Los pocos renglones que escribí me costaron más trabajo que otras veces largos artículos: estaba, segun decimos los periodistas, premiñoso: el estilo carecia de espontaneidad: al lenguaje le faltaba fluidez: á la prosa viveza: á los versos elevacion.

Tiré la pluma, rasgué lo escrito con rabia: y despues de semejante ensayo, no puedo abrigar esperanzas de volver á ser lo que ántes fuí.

En mi antiguo y empinado cuarto, sin más calor que el del sol, sin más lujo que las humildes flores de media docena de tiestos, que yo mismo cuidaba, venian á mi imaginacion las ideas abundantes, perceptibles, claras. Allí la vista del cielo azul me deleitaba y me fortalecia: allí el blando soplo de las auras primaverales refrescaba mi frente ardorosa; allí, en fin, veia los pájaros volar por el espacio, las nubes cruzar rápidas como fantasmas sobre mi cabeza: oia el arrullo triste de la tórtola, y el canto alegre del ruiseñor escondido en los árboles cercanos, y todo eso reunido constituia mi inspiracion.

Aquí, en el fondo de mi gabinete sombrío, sin luz, sin aire, sin perfumes, sin horizonte, no escucho otros rumores que los de la calle; otros cantos que los de los mendigos que imploran la limosna del rico y del indiferente.

No, no: mi destino me lleva á distintas regiones: la fatalidad me conduce y me impulsa... Dejémonos arrebatar por ella.

Mi cochero entra á tomar la órden.

—A las dos, le digo; la victoria con las guarniciones y las libreas de lujo.

¡Quiero aturdirme, quiero embriagarme, quiero olvidar!—La realidad es tan cruel, que es mejor no pensar en ella: mejor alimentar insensatas quimeras.

Mi rompimiento con Aurora, la fuga de ésta, cuando debiera haberme perjudicado, me ha puesto más en evidencia y me ha dado mayor celebridad.—He roto uno de los ídolos de la multitud; he enseñado el barro de que se componia!

Aquella mujer que deslumbrada con sus trenes suberbios, con sus trajes riquísimos, con sus fiestas magníficas, debia todo cuanto gastaba. Era una petardista, una estafadora: su pasivo asciende á seis ó siete millones, y el activo se reduce á sus muebles y á sus caballos, única cosa que ha parecido en la casa.

Eso es lo que repite el vulgo; eso lo que circula en las conversaciones de los teatros, enseñando vacíos los palcos que en ellos ocupaba.

Despues viene la historia de nuestro matrimonio, roto por haberse descubierto la verdad. ¡La verdad! ¡Si la supieran, me comprenderian á mí, en los anatemas lanzados contra la desventurada!

¿Soy yo mejor que Aurora? Su historia, ¿no es la mia tambien? ¿No pretendo, como ella, seducir, engañar á la sociedad? ¿Y no será mi castigo todavía más terrible y más afrentoso que el suyo?

No quiero pensarlo, Marcelo: cuando imagino el desenlace de la comedia que estoy representando, tiemblo y me estremezco.

Soy bastante colérdo para no tomar una resolucion noble y heróica: para alejarme de Madrid con mi vergonzoso secreto: para hacer lo que tú me aconsejaste: volver á la vida honrada y laboriosa de ántes.

¡Marcelo, compadéceme, porque soy muy desgraciado: porque acaso me espera un destino fatal!

. . . . . .

. . . . . .

He inspirado una pasion, una verdadera pasion,—¿A quién? ¡A una niña de quince años, bella, tierna, inocente, candorosa: un verdadero querubin!

La otra noche, en casa de los duques de Fernan-Núñez, noté que no apartaba los ojos de mí; yo no la conocia; pero me llamaron la atencion su perseverancia, su curiosidad, su atencion.

Habiéndome informado de su nombre y circunstancias, supe que es hija única de un caballero de Puerto-Rico, que ha venido á pasar el invierno en Madrid. Parece que aquél posee un gran caudal, que heredará naturalmente Margarita.

Así se llama esa flor de los trópicos, que tiene el color tostado por su sol ardiente, ojos y pelo negros como el azabache.

Es el verdadero tipo criollo, que contrasta notablemente con nuestras hermosuras blanqueadas por los polvos de arroz, cubiertos de bermellon y de carmin.

Estoy ya tan cansado de las rubias, verdaderas ó apócrifas, que una morena, casi una mulata, me ha parecido un contraste delicioso.

No tardé en descubrir el motivo de la insistencia con que me miraba.

Margarita ha leido mis poesías, las sabe de memoria, y al llegar á la corte ha hecho le enseñen al autor.

Alta, esbelta, elegante, no anda, se desliza: no baila, vuela.

En el descanso de un vals me recitó, sin equivocarse en una sola palabra, una de mis composiciones ménos conocidas.

Su voz es dulce y armoniosa, y dice los versos con una extraña canturía.

No sé por qué me conmovi al oirla, y dos lágrimas asomaron á mis párpados.

—¿Llora usted? me preguntó, deteniéndose á la mitad de la estrofa.

—¡Es de felicidad!—respondí.

En efecto; escuchar mis pensamientos brotar de los labios de la mulatilla, era para mí un placer nuevo é incomparable.

—¿Cómo, pensaba yo, se han quedado impresas en su memoria mis fantásticas palabras? ¿Cómo las expresa con tanta inteligencia, con tal sentimiento? ¿No hay algo de misterioso en la simpatía que la atrae hácia mí, en el acaso que me conduce hácia ella?

¿Estoy enamorado de esa graciosa niña? ¿Me hallo á punto de estarlo?

¡Enamorarme yo! ¡Eso es imposible! ¡La única mujer que me ha inspirado un interés vivo y profundo, un cariño sincero y vehemente, es María; y esa, bien lo sabes, esa no me corresponde: me desprecia!

¡Y hace bien! Ha comprendido lo poco que merezco: lo poco que valgo.—Si supiese mi vergonzoso secreto, todavía me despreciaria más.

No: Margarita es para mí un objeto precioso y raro: una verdadera curiosidad.

Esa mujer que se apasiona de un poeta sin conocerle; que aprende sus versos; que los recita con los ojos arrasados en lágrimas, con voz apagada y conmovida, ¿no debe satisfacer un poco mi orgullo, reanimar un mucho mis decaídas esperanzas?

¿No será Margarita tal vez el ángel de mi salvacion?

CARTA DÉCIMA.

MARÍA Á JULIA.

2 de Febrero.

Me preguntas si estoy más tranquila, si soy más feliz... ¡Feliz! ¿Puedo serlo acaso yo? ¿Qué me importa ese oro que la casualidad me ha enviado, y que para nada necesito? ¿Basta él para vencer mis escrúpulos, para acortar la distancia que me separa de Cárlos?—En comparacion con él, soy pobre; pobre y solemnidad.

Cada dia es mayor su lujo: ayer vino á ver á la Marquesa en una carretela de doble suspension que le han traido de París.

Yo estaba detrás de las cortinillas del mirador, y le vi llegar negligentemente reclinado sobre los almohadones, con las piernas envueltas en una magnífica cubierta de pieles; con dos criados de deslumbradora librea; con todo el tren, en fin, de un gran señor.

Hacia mucho tiempo que no nos encontrábamos porque con motivo de mi luto no salgo de casa ni voy á ninguna parte. Figuróseme que su rostro no expresaba más satisfaccion que el mio; que no parecia más venturoso que yo.—¿Por qué?—Sólo Dios puede saberlo.

Al apearse del coche, levantó la cabeza y me distinguió, mal oculta entre la muselina apenas levantada. Entónces sus pálidas mejillas se sonrosaron ligeramente: sus ojos despidieron una luz extraña; quitándose el sombrero, me hizo un largo, un grave, un respetuoso saludo, y entró lentamente en el portal.

¡Respeto! ¡He ahí lo único que he sabido inspirarle!

Excuso decirte que ántes de que él penetrara en el gabinete, corrí á esconderme en mi cuarto.

Mi buena protectora me riñó despues suavemente.

—¿Por qué huyes, por qué evitas á Cárlos? me dijo.

—No le huyo ni le evito, repliqué muy turbada pero no le busco.

—La antipatía que le tienes es injusta, añadió la Marquesa, pues es un excelente muchacho, y se interesa mucho por tí.

—No siento antipatía hácia él, sino indiferencia.

—De eso se ha lamentado ántes conmigo; y se queja de que nunca le halla cuando viene aquí.

—¡Ah! exclamé yo con ironía. ¿No digna echarme de ménos alguna vez?

La Marquesa me miró con sorpresa, examinándome atentamente. ¿Creyó por su imaginacion alguna sospecha acerca del estado de mi alma? No lo sé; me reprendió con alguna severidad:

—¿Qué motivo hay para que tú, tan amable, tan indulgente, tan afectuosa con todos, seas para Cárlos áspera, intolerante? ¿Sabes, hija mia, que cualquiera que le conociese ménos que yo, supondria que le amas, ó que le detestas?

Al oir estas palabras, quedéme estática, muda, petrificada.

Ni lo uno ni lo otro, respondí al cabo de un instante, haciendo un penoso esfuerzo.

—Pues bien, sea lo que fuere, una vez que no sospecho tu confianza, añadió en tono de reconvencion, es necesario que varies de sistema y que le domines. Debes evitar que la sociedad, siempre suspicaz y maliciosa, interprete de un modo desfavorable tu proceder. Si realmente Aguilar no te inspira sino indiferencia, sé para él lo que eres con las personas que se hallan en el mismo caso: atenta si no expresiva, añade si no afectuosa. Yo lo deseo, y si es menester te lo suplico. En último resultado, la violencia que te hagas no será muy duradera;—Cárlos se casa...

—¿Otra vez? exclamé con acento despreciativo.

—Se casa, continuó la Marquesa aparentando no haber oido mi interrupcion, con una señorita americana, muy linda y muy simpática; y despues que la boda se verifique, tendremos ménos ocasiones de verle y de tratarle.

La Marquesa se detuvo y me miró fijamente por ver el efecto que me causaba aquella revelacion: sin duda habia recobrado mi sangre fria, y me mantuve impenetrable.

—Que sea más feliz que en su primera tentativa, dije con la misma entonacion sarcástica.

Mi bienhechora suspiró y se apartó de mí, exclamando:

—¡Es incorregible!

Despues he adquirido otras noticias acerca del proyectado enlace de Aguilar: el padre de su futura es el conde de Mayagüés, caballero puerto-riqueño, dueño de una inmensa fortuna. Su hija, niña sentimental y novelesca, se enamoró del poeta ántes de conocerle, y luégo le ha parecido héroe digno de sus sueños y de sus quimeras.

Cárlos, completamente metalizado desde que es rico, se deja querer: la opulenta heredera es quien lo ha hecho todo: quien ha descubierto su amor á su padre: quien obligó á éste á hablar al poeta: quien, en fin, ha arreglado los preliminares del matrimonio. El Conde da á su hija una dote considerable: pero exige que su futuro yerno haga una justificacion en debida forma de su fortuna. Por las señas, estos americanos son recelosos y desconfiados como ellos solos.

En consecuencia, la boda tardará mucho en realizarse: es indispensable que Cárlos se posesione de su herencia; que se justiprecie; que se haga una informacion judicial, y que vengan aquí las escrituras. Cuestion de un año lo ménos.

Es muy posible que Margarita,—tal es el nombre de la *guachinanga*,—venza los escrúpulos de su padre, y logre dar ántes su negra mano al doncel.

Yo no la conozco todavía; me han asegurado que es una mulatilla, graciosa sí, aunque *cursi* como todas sus paisanas.

Será menester que atienda yo los consejos de la Marquesa: será preciso que me muestre ménos arisca y desabrida con Aguilar: porque quizás la gente haga calendarios sobre mi sequedad y desvio hácia él: quizás él mismo suponga lo que me interesa que no crea.

Mas ¡qué doloroso esfuerzo me va á costar! ¡Ay, Julia! No sé qué daria por poder huir de Madrid: por marcharme léjos, muy léjos; donde no le viese: donde nadie me hablara de él; donde no me persiguieran á todas horas su imágen y su recuerdo.

Si la estacion fuera otra, yo te rogaria que escribieses á la Marquesa pidiéndola permiso para pasar una temporada contigo; pero ahora, en mitad del invierno, ¿qué pretexto he de buscar á mi viaje?

Y lo peor es que padezco horriblemente, y que en mi rostro demacrado y macilento, puede descubrir una persona perspicaz cuál es el mal que me consume y me mata.

Julia, verle unido á otra será una tortura que no podré sufrir; que no puedo siquiera imaginar.

(*Se continuará.*)

LOS SUEÑOS.

BALADA.

I.

Somos niños, y empezamos
á cruzar por los vergeles
que en nuestros bellos albores
nos embrian an la mente.
¡Un amigo! Eso buscamos,
y ya creemos tenerle...
cuando ese sueño, cual humo
ligero se desvanece.

II.

Despues el amor buscamos
con afan hondo y ardiente,
y en él vemos la ventura,
y el alma feliz se aduerme.
Mas, pasa el encanto un dia
de la ilusion más luciente,
y tambien cual humo vano
el amor se desvanece.

III.

Despues la gloria ¡ah! ¡la gloria!
¡y cuánto al hombre enloquecen
sus fúlgidos resplandores
cuando brillan en su frente!...
Mas, al renombre, en la tierra,
el olvido sigue siempre...
y tambien el loco sueño
de gloria se desvanece.

IV.

Volvemos luégo á soñar
en blanco lecho de nieve,
y somos sólo cenizas
del fuego otro dia ardiente.
No tememos en la tumba
que ninguno nos despierte...
¡que ese es el único sueño
que nunca se desvanece!

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

RECUERDOS DE FILIPINAS.

(*Continuacion.*)

LA MESTIZA.

En la coleccion de tipos que nos hemos propuesto ir describiendo á los lectores de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, toca hoy la vez á la mestiza.

Designase con este nombre á la hija de español é india, ó de chino é india, lo que da origen á las denominaciones de *mestiza española* ó *mestiza china* con que se distinguen las primeras de las segundas.

Aunque nacida bajo el sol de los trópicos, la mestiza española no adolece de la exagerada indolencia distintiva de la india. Al contrario, revélase en ella con frecuencia la lúxuriente sangre que mezclada circula por sus venas.

De fisonomía dulce á la par que expresiva, ojos grandes, rasgados, nariz por lo general recta, labios rojos si bien no finos, limpia dentadura, color claro, y negra cabellera, su rostro forma un conjunto agradable y bello. La sencillez del peinado, que consiste en llevar todo el cabello recogido arriba y sujeto el rodete con tres horquillas de oro ó plata, y un peinecillo de carey, contribuye á que la gracia ó belleza de la mestiza brille por sí sola.

En cambio, y con objeto de limpiarse y blanquear la dentadura, se lleva con mucha frecuencia á la boca un pedazo de corteza de bonga de la misma forma que tiene la cáscara de un gajo de naranja, pero algo más pequeño, al que denominan sipang.

Sus manos diminutas, bien modeladas y que conserva con gran esmero, como el pie pequeño, desnudo y mal escondido en una chinela bordada con oro ó plata, contribuyen á aumentar los encantos de la mestiza española.

Si por sí sola, físicamente considerada, hace fijar la atencion y cautiva, lo vistoso y nuevo de su traje no merece ménos un detenido exámen. Compónese de falda de seda rayada ó escocesa de los colores más vivos y fuertes, pero sin miriñaque ni exagerada amplitud; camisa de piña bordada que baja de la cintura unos cuatro dedos, cayendo sobre la falda, y cuyas mangas largas, pero de excesiva anchura, la permiten lucir su torneado brazo: pañuelo pequeño, blanco ó de color, de gasa, piña ó encaje, al que llaman *cordonga*, prendido al nacimiento del seno, y chinelas como ya hemos indicado, de raso ó terciopelo. La mestiza española es además muy afecta á joyas, y de aquí que complete su traje con aderezos, pulseras y sortijas de pedrería, ó por lo ménos de oro.

Para la iglesia, en vez de toca ó mantilla usa un pañuelo de tul, piña ó encaje, negro ó blanco, que coloca sobre la cabeza, á lo más sujeto por un alfiler y dejando siempre descubierto el rostro.

En el interior de la casa viste el mismo traje, á excepcion de las joyas, y con la diferencia que emplea para falda ó saya unos percales estampados muy finos y de colores tambien fuertes.

Acostumbrada desde la infancia á los baños, hace uso de ellos diariamente con verdadero placer, conservando suelta la buena cabellera algunas horas despues, hasta que está completamente seca, y para cuyo cuidado no emplea más que el aceite de coco sin ninguna mezcla de esencia.

La mestiza española, como todos los naturales de Filipinas, es en extremo aficionada á la música, y de aquí que la generalidad toquen el harpa ó el piano, instrumentos para los que demuestran gran disposicion. En cambio las voces son de corta extension, y algo gangosas, quizá porque no saben emitirlas bien.

Aunque en la vida íntima y áun entre sí no habla más que tagalo, visaya ó los demás lenguas del país, conoce generalmente el castellano, del que se vale en sus conversaciones y trato con españoles.

De carácter jovial y bullicioso, gusta mucho del baile, al que se entrega con placer, y poco aficionada en cambio á ocuparse de las labores propias de su sexo, confia las de su casa á costureras indias que á ella concurren diariamente. Esto no obstante, celosa de sus intereses los vigila esmeradamente, impidiendo con prolijo exámen que la burlen y perjudiquen.

Altiva, como descendiente de la raza española, revela su orgullo en los más nimios actos de su vida; susceptible en demasía, ve un motivo de queja á veces en la frase más insignificante ó ménos intencionada; inteligente en extremo, comprende y apúlala con extraordinaria rapidez cuanto se la expone; codiciosa á la par, acoge con entusiasmo, estudia con frialdad y plantea con éxito cuantos negocios comprende son de éxito seguro.

Tal es la mestiza española, que aunque no extremada en sus afectos, acredita con frecuencia sus simpatías y predileccion por los europeos.

EL MESTIZO.

Entre la mestiza y el mestizo, á pesar de ser uno mismo su orígen, existe una gran diferencia, con gran desventaja del segundo.

Dotado de una inteligencia más clara que el indio, al que mira hasta cierto punto como un sér muy inferior, y siempre procurando establecer entre ambos una marcadísima línea divisoria, aprende desde sus primeros años, si bien de un modo imperfecto, el idioma del autor de sus dias, concurriendo, ya á unas ú otras aulas, donde le enseñan las primeras letras. Algunos, el menor número, cuyos bienes de fortuna lo permiten, siguen la carrera de leyes en la Universidad, ó se dedican á la teología en el colegio de San Juan de Letran, para diseminarse despues unos y otros por los pueblos del archipiélago, con sus títulos de abogados ó sus órdenes sagradas que les permiten sustituir á los párrocos en la cura de almas en determinados y por fortuna raros casos. Otros, y á favor del impulso que la instruccion ha recibido de algunos años á esta parte, acuden á la Escuela normal para seguir la carrera de maestros: muchos emplean cuantos medios tienen á mano para entrar de escribientes en las alcaldías ó juzgados, y la generalidad opta por pequeñas industrias y el comercio de los productos del país.

En lo antiguo, el mestizo usaba el mismo traje que el indígena, si bien de telas más ricas; y áun cuando en la actualidad no pocos de esta clase visten á la europea, la verdad es que áun domina y se halla siempre en mayoría la costumbre de llevar fuera del pantalon la camisa, que es de piña ó jusi bordada y á grandes franjas de colores, blanco siempre, casado con azul, encarnado, amarillo, naranja ú otros; el pantalon es de dril ó lanilla, y los zapatos de charol, y han sustituido á la seda á listas ó escocesa que empleaban en los primeros, y á las chinelas. La cabeza la cubre con sencillos sombreros de paja ó de fieltro de las mismas formas que se llevan en Europa, sin que por esto deje en ocasiones de lucir en ella un galacol recargado de costosos adornos de plata.

Aunque no tan indolente como el natural, no brilla tampoco por su amor al trabajo; aficionado tambien al juego, prefiere el de envite y azar á todos; caviloso y tenaz en los propósitos, hállase siempre dispuesto á entablar un litigio, por los que es muy cabalista, prosiguiéndole con la seguridad del mal éxito y sin abender desinteresados y prudentes consejos ántes que efectuar una transaccion; flexible para con el más fuerte, es duro y exigente con el indio; no muy concienzudo en el cumplimiento de sus compromisos, estudia el medio de modificarlos á fin de obtener mayor lucro; orgulloso de su orígen, abriga ideas y esperanzas ilusorias, hijas de una imperfecta educacion y de la falta de exactitud en la apreciacion de sus propias fuerzas.

Espléndido de por sí, tiene á gala desplegar un lujo superior á sus recursos, siendo para él cuestion de amor propio y vanidad lucir elegantes y costosos carruajes arrastrados por troncos de caballos ó parejas, como los llaman, tan trotones cual resistentes, y en su casa acoge al europeo con complacencia, obsequiándole de cuantos modos puede.

De exagerada vanidad y amor propio, obligante en extremo las deferencias y atenciones; pero resentida su susceptibilidad al más leve indicio de frialdad ó indiferencia, retírase bastante en las relaciones sociales.

En resúmen: el mestizo, tal cual es y á pesar de muchas de sus circunstancias, es un elemento de prosperidad para el archipiélago filipino, y lo seria áun mayor si desentendiéndose de los que con torpes miras procuran explotarle, comprendiera bien sus verdaderos intereses, abandonara quiméricos sueños, y se consagrase exclusivamente á la más sólida instruccion de su raza y á coadyuvar al mayor progreso y adelanto del país, arrancando de su privilegiado suelo los tesoros que encierra.

A. DE VILLALALBO.

(*Se concluirá.*)

UNA FIESTA EN VENECIA.

EL GRAN CANAL.

Hay nombres que excitan un mundo de ideas, y evocan otro mundo de recuerdos.

Venecia es uno de ellos.

Nombrando á Venecia, surgen en el espíritu memorias gloriosas de la gentil reina del Adriático, de la sombría corte de los Dux, de la opulenta y fiera república del siglo XVI, de aquella altiva nacion cuyos audaces marinos y valientes guerreros pelearon en Lepanto al lado de las naves españolas y bajo la enseña de Castilla, que tremolaba el insigne don Juan de Austria.

Nombrando á Venecia, se recuerda sus magníficos

palacios, su plaza de San Márcos, su Scuola de San Rocco, su torre de las Campanillas, su Academia de Bellas Artes, su encantadora isla de Torcello, su Gran Canal, cantado por lord Byron; sus frescos y sus cuadros, que pintaron el Veronés, el Ticiano y Tintoreto.

Una fiesta en el Gran Canal está representada en el bello grabado de la pág. 108.

Góndolas empavesadas se deslizan suavemente; serenatas dulcísimas resuenan en los aires; hermosas damas agitan blancos lenzuelos y saludan con entusiasmo á los alegres gondoleros: la noche es serena, el ambiente perfumado y tibio, y la luz de la luna derrama una claridad fantástica.

Venecia, desde tiempos muy remotos, es considerada como la patria de lo bello, como un nido encantador de animacion y de poesía.

Ninguna ocasion más á propósito para ofrecer á nuestros suscritores ese hermoso cuadro, que recuerda costumbres populares de Venecia en la época del Carnaval.

EL VIADUCTO DE LA CALLE DE SEGOVIA.

Todo llega en este mundo—dice una locucion popular.

Y ya llegó, cosa extraña, el dia designado para la colocacion de la primera de las grandes piezas de hierro sobre que ha de fijarse el piso del viaducto de la calle de Segovia.

No se admirarán, en verdad, nuestros lectores de que nos acordemos, al tratar de este hecho, de la citada frase popular, si tienen presente que desde hace muchos años ha andado rodando de mesa en mesa, en las oficinas del municipio madrileño, ó durmiendo en un rincon del archivo, el famoso proyecto cuya realizacion ahora se emprende con actividad laudable, y que fué iniciado en el siglo anterior, y reformado y declarado de utilidad pública en 1859, si no estamos equivocados.

Pero, en fin, más vale tarde que nunca.

Ello es que á las dos de la tarde del 31 de Enero próximo pasado se verificó solemnemente la ceremonia que representa nuestro grabado primero de la página 109.

Asistieron al acto los individuos que constituian el ayuntamiento saliente, presididos por el alcalde primero señor Galdo; los del entrante, con el señor marqués de Sardoal; el cronista de Madrid, nuestro distinguido amigo y colaborador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA, don Ramon de Mesonero Romanos; varios representantes de la prensa periódica, y un público numeroso.

El señor Galdo pronunció un breve discurso, en el cual manifestó las grandes dificultades que ha debido vencer el municipio hasta ver las obras en el estado en que se hallan, y excitó al nuevo ayuntamiento á que contribuya, en cuanto le sea posible, á la terminacion completa de una via tan importante.

No dejó de manifestar tambien el señor Galdo que de los siete millones de reales á que asciende el presupuesto total de las obras, habia ya satisfechos seis millones y medio; de manera que el nuevo ayuntamiento sólo deberá pagar, cuando aquellas estén concluidas, medio millon de reales.

Natural era que el señor marqués de Sardoal diese las gracias, en nombre de los concejales electos, al ayuntamiento saliente, por su celo y actividad, y así lo hizo en un corto discurso, prometiendo continuar y áun terminar, si las circunstancias lo permiten, no sólo el viaducto de que nos ocupamos, sino otras mejoras iniciadas.

El acto concluyó en seguida, despues de algunas frases que pronunció el ingeniero de la empresa constructora, dando gracias á los tres municipios de 1859, 1862 y 1870, que tomaron una parte tan activa en la realizacion del proyecto.

Este consiste en unir, por medio de una calle recta, la plaza de San Marcial con la de San Francisco el Grande,—calle que tendrá 1.400 metros de longitud y 20 de latitud, continuándose despues hasta la estacion del Mediodía, á favor de una nueva vía que habrá de atravesar, segun se dice, el barrio llamado del Salitre.

Por lo demás, nuestro dibujo, hecho por un hábil artista, ofrece detalles minuciosos que hace innecesaria cualquier otra explicacion.

MADRID.—Excmo. Sr. Marqués de Sardoal, nuevo presidente del Ayuntamiento.

ACCIDENTE

OCURRIDO AL EMPERADOR DE RUSIA EN LA CAZA DEL OSO.

Del suceso que representa el bello grabado segundo de la pág. 109, acaban de dar noticia los periódicos de San Petersburgo.

El emperador Alejandro de Rusia, cazando en un bosque de las inmediaciones á la capital del imperio, se empeñó en perseguir un corpulento oso que los ojeadores habian levantado.

Era la caida de la tarde; el sol se habia escondido, y la fatalidad hizo que el augusto cazador, empeñado en la persecucion de la fiera, se encontrase separado de los leales servidores que le seguian; entónces el animal perseguido se paró de pronto, y se volvió hácia el emperador en actitud de acometerle.

Pero el czar no se inmutó, y cuando el oso se levantaba para arrojarse sobre él, una doble detonacion resonó en el bosque, y la fiera alimaña rodó envuelta en su sangre, por el suelo cubierto de nieve.

El cazador habia apuntado con serenidad, y dos balas, despedidas por la escopeta de dos cañones que aquél manejaba, fueron á clavarse en el corazon del oso.

Al poco rato llegaron los personajes que acompañaban al emperador, y le felicitaron por tan buena suerte; pero algunos periódicos rusos aseguran que S. M. habria sido despedazado por la irritada fiera sin una puntería tan feliz.

Lo cual, ciertamente, no seria nuevo: creemos que áun existe, en las alturas del monte Olicio (Osuna), en Asturias, una vieja cruz de madera, toscamente labrada, que señala el lugar en que murió entre las garras de un oso, al que perseguia, el desgraciado Fa... hijo del gran Pelayo.

EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE SARDOAL

ALCALDE PRIMERO DE MADRID.

En esta página ofrecemos el retrato de este hombre público, que acaba de ser honrado por sus compañeros, los concejales que componen el nuevo ayuntamiento madrileño, con el importante título de alcalde primero de la villa y corte.

Don Angel José Luis de Carvajal y Fernandez de Córdova, marqués de Sardoal, es hijo del duque de Abrantes y de Linares don Angel María de Carvajal y Tellez-Giron, y pertenece por tanto á una de las familias más distinguidas de la aristocracia española.

Discípulo sincero de la escuela liberal, ganóse envidiable renombre con sus *debuts* parlamentarios en las últimas Córtes que se reunieron bajo el reinado de doña Isabel II de Borbon; y este renombre fué mayor todavía despues de la revolucion de Setiembre de 1868, con los discursos que el jóven marqués pronunció en las Córtes constituyentes y en las ordinarias de 1870, á las cuales fué diputado por el distrito de Santa Fé, provincia de Granada.

Como político, milita en las filas del partido monárquico-democrático; y por su talento é instruccion, lo mismo que por la bondad de su carácter y por sus generosos sentimientos, el marqués de Sardoal es universalmente estimado, hasta por sus adversarios políticos.

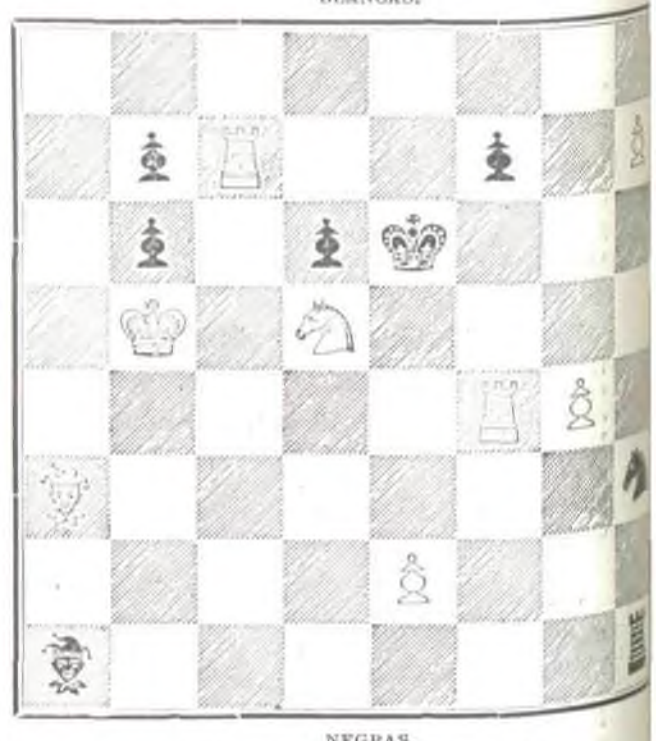
AJEDREZ.

Solucion al problema núm. 1.º compuesto por don V. Portilla (Méjico).

BLANCAS.	NEGRAS.
1.º D 8 TR.	1.º 1 R 2 R ó 3 R.
2.º D 6 AR jaque.	2.º . . . . .
3.º D da mate.	
	ó 1 R 2 AD.
2.º D 5 R jaque.	2.º . . . . .
3.º D da mate.	
	ó 1 R ó 1 D.
2.º P 3 D.	2.º . . . . .
3.º D da mate.	

Problema núm. 2, compuesto por don V. Portilla (Méjico).

BLANCAS.



NEGRAS.

Las blancas dan mate en cuatro jugadas.

MADRID.—IMP. DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.